

Francisco Izquierdo

Medallas y otros poemas

Francisco Izquierdo

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

25



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

MEDALLAS Y OTROS POEMAS

Edición de Eliseo Izquierdo

- © Para la introducción **Eliseo Izquierdo**
- © Para el texto **Francisco Izquierdo**
- ©  **Viceconsejería de Cultura y Deportes.**
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-38-5

Depósito Legal: M. 22.313-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

Francisco Izquierdo

MEDALLAS
Y
OTROS POEMAS

Islas Canarias
1990

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	11
Noticia de Francisco Izquierdo	11
MEDALLAS	
Dedicatoria	35
EL MAR, EL PUERTO	
Santa Cruz, concha del mar	39
Calle de la Caleta	40
Barco a la vista	41
Domingo por la tarde	42
Tatiñas	43
Musolina	44
La noche	45
Por la carretera de San Andrés	46
Tachuela de oro	47
Zambugo	48
Desamparo	49
Calle de la Marina	50
El azul de mi puerto	51
Melancólicamente	52

LA CIUDAD, EL CAMPO

La Laguna, Ciudad de los Verodes	55
Doña Merencia	56
Hueras plazas de pueblo	57
Calle de la Carrera	58
El colegio de doña Petronila	59
El Palacio de los Nava	60
Don Ambrosio	61
Santa María de Gracia	62
Gotas de paz	63
Genoveva	64
Jardines abandonados	65
Calle de las Acacias	66
Las eternas tíetas	67
El Padre Andrés	68
Carretera fina y clara	69
El camino de San Diego	70
Doña Mariquita	71
La Plaza de la Pila	72

UN POCO DE PSEUDOCCLASICISMO

Ávila, Salamanca... ..	75
Dolor de la campana sin eco	77
El Cristo de Velázquez	78
La fe	79

PEREGRINACIONES

Palabras para mi verso	83
Juventud, flecha de oro... ..	84
Amatista	85

	<u>Págs.</u>
Arañazos	86
Siluetas de don Antonio Azorín	87
Yo, seminarista	88
¡Echeide, viejo Echeide...!	89
Adriana	90
Siluetas de don Pío Baroja	91
Motivos y elogios del gris	92
Pequeña disgresión	93
Visiones inquietantes	94

OTROS POEMAS

Una arañita	97
María Magdalena	98
El funeral	99
Nostalgia	100
El toque de Ánimas	102
Bobos tiempos	103
Doña Flor	104
Don Juan Rui de Loreto	105
Doña Claudia	106
Abuela Tata	108
Las parrandas	109
El castañero	111
Calvarios	112
Doña Belisa	113
Rosita y Juliana	114
Humilde y doliente	115
Juan Chopas	116
Con el alba	117
Don Cosme	119
Elegía	120
Los claros sentires	121
Perdida aldea	122

	<u>Págs.</u>
Azul y silenciosa	124
Entre rosales	125
Presagios	126
Mi tío, el Deán	127
La calle de la Farola	128
Casa del señor cura	129
Un C. de la R.A.E., mi amigo	130
Don Darío	131
Un caballero pasa	132
Procesión de margaritas	133
No me preguntes qué tengo	134

INTRODUCCIÓN

NOTICIA DE FRANCISCO IZQUIERDO

Acaso ningún otro poeta nacido en las islas puede, como Francisco Izquierdo, ser considerado, por antonomasia, la voz transmarina de la poesía canaria.

No es la suya la voz del desterrado, del exiliado, en lo que ésta suele tener de congoja o de rebeldía por el forzado desarraigo. Su poesía, por el contrario, se nutre de la evocación y se sustenta en la nostalgia, una nostalgia levemente teñida a veces con toques de suave ironía. Evocación y nostalgia de vivencias que, como un poso, dejaron intactas en lo más hondo de su espíritu —según propia confesión— su infancia y adolescencia, y que, desde la lejanía de la otra orilla de su soledad, el poeta vuelve a «mirar de nuevo con los mismos ojos con que ansioso y febrilmente entonces miraba».

RETRAÍDO, TÍMIDO

Francisco Izquierdo nació en La Laguna el 14 de febrero de 1886. Era el tercero de los nueve hijos del matrimonio formado por Domingo Marceliano Izquierdo y Hernández y Áurea Izquierdo Pérez, ambos naturales de La Victoria de Acentejo.

Al igual que otras muchas jóvenes familias de la última década del siglo XIX isleño, los Izquierdo decidieron trocar

la agricultura por el comercio y dejaron en otras manos las tierras de su propiedad, que se extendían más allá de la casona rural de La Resbala, en la comarca de Acentejo, para establecerse en La Laguna, donde abrieron un modesto comercio.

Los nueve primeros años de la vida del poeta transcurrieron en su ciudad natal. Era —de acuerdo con su testimonio personal— un niño retraído, tímido, que nunca logró saltar bien a piola ni bailar un trompo a la perfección, que permanecía extasiado con frecuencia largo tiempo ante cosas aparentemente insignificantes, que se aburría pronto si lo invitaban a jugar al tejo, a los boliches, a los cuescos o a la chascona y, sin embargo, «pasaba horas y horas mirando un hormiguero, volar las abejas, abrirse una flor o el entrar y salir de los barcos en el puerto, tumbado en un rincón cualquiera donde nadie me espicara».

El pequeño comercio resultó a la postre un fracaso y la familia decidió entonces trasladarse a Santa Cruz de Tenerife, donde Domingo Marceliano, asociado con un hermano de su mujer, reemprendió la aventura mercantil.

Vivieron sucesivamente en las calles de La Rosa, San Juan Bautista, San Francisco Javier, El Tigre, Las Flores y, por último, en O'Donnell, cuando comenzaba a crecer el Barrio de los Hoteles, que sería pronto el ámbito urbano más noble y grato de la capital tinerfeña. «En aquel tiempo —dirá el poeta muchos años más tarde— todo me parecía prodigio y felicidad, todo me parecía magia, portentoso, milagro.»

Había aprendido las primeras letras en La Laguna, en el colegio que tenía abierto don Francisco Torrens en la calle del Remojo (hoy Rodríguez Moure), a dos pasos del Instituto General y Técnico de Canarias. Pero al bajar la familia a Santa Cruz continuó los estudios en la escuela de don Juan López de Vergara, lo que le permitió frecuentar pronto la redacción del «Diario de Tenerife», que dirigía don Patricio Estévanez, porque don Juan, que era, asimismo,

empleado de Sanidad Marítima, llevaba para el periódico la sección portuaria, que las más de las veces enviaba a don Patricio con él.

A los catorce años dejó la escuela —«nada tenían ya allí que enseñarme»— y, como alternativa a sus deseos irrealizables, se incorporó a las clases nocturnas de Teneduría de Libros que impartía el contable y pendolista don Celestino Lozano, clases que siguió sin el menor interés, pues éste se había condensado ya en la lectura. Galdós, Dickens, Daudet, Tolstoi, Dostoyevski, figuran en la extensa nómina de autores que por entonces devoró con fruición, con afán insaciable, según sus mismas palabras.

Todavía vistiendo pantalón corto, Francisco Izquierdo comienza a trabajar, primero en el comercio de Emilio Martín y, al cabo de algún tiempo, en los Almacenes de Ruiz Arteaga, donde tuvo a su cargo la redacción de la correspondencia mercantil, y por compañeros, entre otros, al político Rubens Marichal y al compositor y primer director de la Orquesta de Cámara de Canarias, Santiago Sabina.

Es por esta época cuando empieza a ampliar con libros nuevos la modesta biblioteca familiar, de la que todavía perduran, casi por milagro, tomos encuadernados de *La Ilustración Artística* y de *La Lectura Dominical*, libros de Historia, diversos volúmenes de escritores del siglo XIX, amén de algún *Salterio* y *Libros de Horas* del tío bisabuelo Antonio, cura, y del tío Santiago, clérigo minorista y uno de los personajes que en su tiempo llegaron a concitar mayor afecto popular, lo mismo en La Victoria que en Santa Cruz y La Laguna, por sus ocurrencias.

LECTOR IMPENITENTE

Su amistad con Emilio Martín le facilitó el acceso a la espléndida biblioteca del suegro, el periodista Alfonso

Dugour y Ruiz, que fue director de «Las Noticias», y así logró leer los clásicos castellanos. Por otra parte, en una de las frecuentes visitas a su tía abuela política doña Concha Nóbrega, descubrió una gaveta de una cómoda repleta de libros. Estaban allí Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, el Padre Rivadeneyra, el P. Alonso Rodríguez, etcétera. Este encuentro con la poesía mística española será fundamental en la sinuosa consolidación de la personalidad del poeta. Porque en Francisco Izquierdo solían alternar rachas de profunda espiritualidad —«místicos deliquios» dirá él— con períodos de total indiferencia religiosa, cuando no de encono o de rechazo, como puede detectarse bien tanto en *Alta Plática* como en *Medallas*.

En unas manifestaciones al escritor cubano Francisco C. Bodriñana, en 1943, dice que desde que comenzó a trabajar fue «derivando gradualmente hacia un anarquismo, aunque manso e íntimo, ardiente y desenfrenado». Y añade: «*La conquista del pan*, de Kropotkin, y *El dolor universal*, de Sebastián Faure, llegaron a ser, a pesar de su mediocridad, libros de cabecera míos. Recitaba de memoria párrafos enteros de Proudhom». No faltaban, asimismo, entre sus lecturas de ahora *El origen de las especies* y *Así hablaba Zaratustra*, que con otras muchas obras así «convulsionaron mi espíritu —confiesa—, envolviéndolo y arrastrándolo a un delirio de nuevas ideas, contradicciones y paradojas». El lector impenitente que fue siempre reconoce no haber hecho «otra cosa en la vida que leer —¡leer nada más!— cuanto en mis manos ha caído; pero sin método, sin orden, sin selección».

Francisco Izquierdo es ejemplo de autodidacta, de los no pocos isleños que, dotados de condiciones indudables para el estudio y, en su caso, de singular sensibilidad literaria, los avatares económicos de la familia y la carencia de centros de enseñanza que padecían las islas en los años finales del siglo XIX supusieron obstáculos insalvables para su formación, lo que en él se tradujo en un doloroso com-

plejo. «¿Voy a creerme yo, pobre poetilla de estos tiempos, desmedrado de ingenio y corto de entendederas, sin que el birrete y la toga me cubran, ni la espada me ampare, ni el título me acredite, ni el padrino me disculpe, que ocurrírseme pueda nada nuevo y con enjundia?», decía, justificándose por lo que consideraba un atrevimiento suyo, al comenzar la conferencia que pronunció en el Ateneo de La Laguna el 20 de febrero de 1913. Ni siquiera es del todo cierto, como figura en la práctica totalidad de las notas biográficas publicadas, que estudió en el Seminario Conciliar de Tenerife, porque si bien es verdad que ingresó en el centro eclesiástico en el otoño de 1915, empujado por una de sus crisis espirituales, sólo permaneció allí unos cuantos meses y lo abandonó antes de que concluyera el curso académico.

EL CABALLERO ERRANTE

Desde muchacho, Francisco Izquierdo, al hilo de sus lecturas y de su creciente entusiasmo por la poesía, hilvanó algún que otro verso, e incluso comenzó a escribir un largo poema sobre Tinguaro, el caudillo guanche que sucumbió por traición, a manos de los castellanos, en la batalla de La Laguna, poema que no terminó. Pero es hacia 1908, cuando ya contaba más de veinte años, el momento en que se manifiesta con perfiles nítidos su vocación lírica. «De pronto, como clarín triunfal que pregonaba la victoria, fuente que rompe el espesor de la roca o relámpago que ilumina la lobreguez de la tiniebla, surgió irrevocable la vocación», escribe el poeta en las páginas autobiográficas inéditas de «Avenida Lunática». Su primer poema aparece publicado en el periódico «Diario de Tenerife». Es una octava real, con el título «Atardecer». Va precedida de una nota laudatoria sobre el joven poeta.

La participación de Francisco Izquierdo en los Juegos Florales convocados por el Ateneo de La Laguna en 1910

no fue por propia iniciativa, sino de su amigo el escritor libertario Melitón Gutiérrez Castro, que le pidió el poema y lo envió al certamen. De este personaje que, años más tarde, mantuvo una animada tertulia literaria, a la que solían asistir, entre otros, Manuel Verdugo e Ildefonso Maffiotte, nos ha dejado un excelente retrato: «Era Gutiérrez Castro bajito, huesudo, musculoso. El pelo revuelto cayéndole sobre las orejas y la frente. Los hombros y las solapas de la americana cundidos de caspa. Descuidado en el vestir y en el afeitarse. Los ojos duros y esquivos. La sonrisa ambigua. (...) Escribía bien y era masón librepensador a la manera exaltada y extremista de Belén Sárraga y Francisco Ferrer, el de la Semana Trágica en Barcelona. (...) Se interesaba por mis versos, que leía con atención, y aunque nunca me expresó el juicio que le merecían, poseedor como era, en gran medida, de un supremo sentido del lenguaje, solía de vez en cuando hacerme agudas observaciones sobre el estilo, que mucho me ayudaron después en el desarrollo de mi obra poética».

Cuando Francisco Izquierdo irrumpe tímidamente en el panorama literario de Tenerife, el «vianismo» se encuentra en plena efervescencia. No había transcurrido aún sino un lustro de la encendida soflama que, en defensa de *lo guanche* como almendra del espíritu insular, había lanzado el periodista y escritor Leoncio Rodríguez desde la tribuna del Ateneo, en la velada conmemorativa del tercer centenario de la publicación del Poema de Viana. Es uno de los momentos de apogeo de la Escuela Regionalista de La Laguna. Cada fiesta de arte, cada justa poética, son buenos pretextos para la exaltación de las leyendas y de los mitos aborígenes, los héroes y caudillos guanches, la singularidad del alma insular, la belleza idílica del paisaje isleño, sin fisura y sin mácula alguna todo ello.

Hay constancia de que Manuel Verdugo, que era miembro del jurado de los Juegos Florales del Ateneo, con José Tabares Bartlet y Adolfo Cabrera Pinto, luego de haber

leído y releído, juntamente con sus dos compañeros, el poema de Francisco Izquierdo, comentó con su proverbial inmodestia: «Es extraño. Esta poesía nadie ha podido escribirla sino yo. Y yo no la he escrito». Al final, se llegó a un acuerdo: El premio del certamen sería para el vate Antonio Zerolo Herrera (1854-1923) por su poema de 183 endecasílabos, titulado «La Cueva de Bencomo», y se establecía un primer premio especial para «tema libre», que fue otorgado al autor de «El Caballero errante», quien, para colmo, escondió su personalidad bajo el lema «Castilla, Madre y Señora»; y es que al poeta le gustó siempre nadar a contracorriente.

El poema galardonado lo leyó en la Fiesta de Arte del 12 de septiembre el jovencísimo Joaquín Estrada Pérez, que a sus dieciocho años había emprendido ya, con inusual firmeza, una andadura literaria que se vio truncada inesperadamente, muy pronto, con el suicidio. Sin embargo, Francisco Izquierdo «salió al escenario del teatro —escribe Verdugo—, pálido, enlutado, tembloroso, a recibir la primera caricia del aplauso público».

De su encuentro con el autor de *Estelas* surgió una amistad cordial y sana, y fue Verdugo quien, en la tertulia a la que asistían también el pintor López Ruiz, Ramón Gil Roldán, Ildefonso Maffiotte, Eduardo López Bago, Juan González Martín, y alguno más, presionó a Izquierdo para que reuniera su obra en un libro y, para que tuviera más fuerza, se ofreció a escribirle el prólogo, como así hizo. De esa forma nació *Alta Plática*. La introducción de Verdugo está firmada en marzo de 1912, pero tendrían que pasar tres años más para que el libro saliera de los talleres de la Librería y Tipografía Católica; tantas dudas, sustituciones, cambios y correcciones se le plantearon, de manera obsesiva, al autor.

INQUEBRANTABLE SINCERIDAD

Verdugo afirma en el prólogo que *Alta Plática* es un poemario escrito «con una inquebrantable sinceridad», que para el poeta «es la médula de la poesía lírica». Forzosamente tenía que originar recelos, rechazos y silencios por parte de quienes se sentían dentro de la corriente regionalista, una poesía que canta a Castilla como supremo ideal y un poeta que confiesa haber plantado su tienda «a la recatada sombra de Fray Luis y de San Juan», y que su gran placer es saborear «la arcaica miel de las madres de las letras españolas».

Pese a que es un libro de iniciación, o acaso por ello, es espejo de la personalidad fluctuante de su autor. Entusiasmos y abatimientos, dudas y anhelos, grandes y pequeños amores, los grandes y pequeños sueños juveniles, sus fuertes rachas de religiosidad, a veces exacerbada, constituyen el precipitado lírico de *Alta Plática*. Es perceptible el eco cercano de las influencias, sobre todo de Gabriel y Galán y de Ricardo León. Pero al propio tiempo se advierte que una nueva sensibilidad está despuntando, en la medida en que su poesía se aleja de los esquemas y de las tendencias del «vianismo». Hay una mayor riqueza métrica, más viva fluidez en el ritmo del verso, una más ajustada expresión menos declamatoria, así como una tímida renovación del arsenal metafórico.

La aparición del primer libro de versos de Francisco Izquierdo, que fuera de las islas tuvo positiva acogida y mereció comentarios granados de elogios, en Tenerife se caracterizó por la indiferencia total, absoluta. La explicación hay que buscarla fuera del ámbito de lo estrictamente poético o literario. En todo caso, el poeta consideró que se trataba de «una opaca conjura de silencio» que le produjo bastante daño moral y tuvo profundas repercusiones en su personalidad.

REBELIÓN ECLESIAÍSTICA

Al cabo de más de medio siglo, Francisco Izquierdo recordaba con estas palabras cuál fue su reacción: «La herida, honda y súbita, trastornó todos mis impulsos e iniciativas, empujándome a cometer lamentables actos y a adoptar actitudes hoscas y ofensivas, algunas de dolorosas consecuencias».

En definitiva, cayó en una fuerte depresión psíquica, hasta que, en un arrebato de recobrado entusiasmo religioso, tomó la resolución de abandonarlo todo, olvidar la poesía para siempre y consagrar el resto de su vida al sacerdocio. Fue una decisión imprevista hasta por sus familiares y sus amigos más íntimos.

En el periódico «La Prensa» de Santa Cruz de Tenerife se publicaba el 19 de enero de 1916 la composición de Manuel Verdugo titulada «A un joven poeta que se ha recogido en el Seminario», que aparecerá más tarde incluida en su libro *Huellas en el páramo*. Atinó Verdugo al decir que fue «la isleña indiferencia» lo que llevó al poeta, y no otra cosa, hasta el ideal que había abrazado. Aletea en el poema un conmovido acento humano, muy poco frecuente en el poeta filipino, que la ironía suya, tan habitual, no logra celar: «He sentido tan rara emoción al perderte/ que hoy al ver las sorpresas que nos brinda la suerte/ sonriéndome lloro por mi duda y tu fe». Y, versos más adelante, dice: «Has cambiado tu rumbo y tal vez acertaste...».

Pero no. Todo iba a acabar con mayor rapidez de lo que cualquier escéptico de su tardía vocación hubiera imaginado. Y, además, acabó de manera insólita: con una «rebelión» de seminaristas.

Conforme a los datos que poseemos, se trató de un intento de protesta que pretendía protagonizar un grupo de estudiantes, por el endurecimiento de las medidas disciplinarias impuestas por el rector como consecuencia de

varias quejas que habían llegado hasta el Rectorado, en relación con la calidad de vida del centro. Francisco Izquierdo, tanto por ser el de mayor edad como por su preparación, asumió la responsabilidad de portavoz de la situación y de las reivindicaciones ante el prelado don Nicolás Rey Redondo, que entonces residía temporalmente en Santa Cruz de Tenerife, debido al delicado estado de su salud (moriría un año más tarde, en septiembre de 1917).

Los seminaristas se fugaron aprovechando el recreo y, por la carretera general, se dirigieron a pie a la capital de la provincia. Como era fácil prever, a los «insurrectos» no se les permitió ninguna entrevista ni la exposición de sus demandas, y fueron obligados a regresar de igual forma a La Laguna. El escándalo fue mayúsculo. Francisco Izquierdo abandonó el Seminario para siempre.

PRIMER EXILIO

Apenas habían transcurrido unos meses del episodio, el 2 de septiembre de 1916 —«la primera guerra mundial en plena carnicería», anota el poeta— fondeaba en la bahía de La Habana el trasatlántico español que llevaba a bordo entre sus pasajeros al autor de *Alta Plática*.

Tres días después de la llegada tuvo la fortuna de conseguir un empleo en una estación de distribución de gasolina y accesorios de automóviles, como auxiliar de teneduría de libros. De este primer trabajo pasó sucesivamente a varias empresas, siempre dedicado a llevar la contabilidad, hasta que le fue ofrecido el puesto de administrador de una industria de calzados, lo que le iba a devolver, con la estabilidad económica, el necesario sosiego y una progresiva concentración espiritual. «Vivía yo —escribe— en la calle Lacrot, entre Mayía Rodríguez y Juan Delgado. En la esquina de ésta tomaba el tranvía, que abandonaba en la de Tejas, porque la Calzada de Infanta estaba todavía sin urbanizar, y por ella seguía a pie hasta Pedroso. Este

corto trayecto, recorrido con el ir y venir cuatro veces al día, fue el marco en que se concentró mi vida durante unos seis años». Y añade el poeta, en sus confidencias: «Nunca disfruté de una paz espiritual más perfecta ni sentí un mejor bienestar físico como en ese breve período de tiempo».

Francisco Izquierdo se había prometido a sí mismo olvidar para siempre sus sueños de poeta, y a ello contribuía la actividad laboral a que se dedica para subsistir. Contrae matrimonio con la cubana Juana María Fernández López, que llama *Niñina*. Nacen sus tres hijos, Juan Manuel, Margarita y Alicia. Posee una vivienda holgada. Tiene tiempo para oír «a placer», en un gramófono recién adquirido, a Beethoven, Mozart, Schubert, Wagner. «Nunca disfruté una paz espiritual más perfecta...». Sin embargo, de literatura no parecía querer saber nada.

Mas el tiempo se ha encargado de ir serenando su vida. Comienza a adquirir de nuevo libros, y a leer con creciente pasión. Así, «de esa manera lenta y opaca —dice— fue renaciendo de sus pavesas, primero una llamita, después la insobornable hoguera de mi vocación».

Francisco Izquierdo vuelve a la poesía «envuelto en lo oscuro y anónimo de un tembloroso silencio». Estremecido por la evidencia del milagro, pero sin atreverse a revelarlo.

Los arrebatos juveniles parecen disipados. El poeta interioriza la voz y la mirada. Necesita reencontrar el tiempo desgajado, reencontrarse. Y se sorprende con que ese tiempo lo ha salvado, indemne, la memoria.

«Por eso —dirá más tarde—, cuando me sitúo ante la inmaculada cuartilla a imaginar sueños, tengo que recurrir al poso que allá, en lo profundo de mi espíritu, dejaron intactos los sentires de mi infancia y adolescencia. Allí, sumergido y oscuro, y sólo allí, mirar de nuevo las cosas

con los mismos ojos con que ansiosos y febriles a esas mismas cosas entonces miraba.»

MEDALLAS

El poeta se entrega, con absoluto sigilo, a la paciente tarea de ir extrayendo del denso sedimento de sus vivencias, ahora estremecidas por el temblor de la memoria, la sustancia con que empieza a cincelar sus nuevos poemas. Así surgen las primeras Medallas.

En cierta ocasión había escrito que de los autores españoles contemporáneos los que le fascinaban y seguía paso a paso eran Antonio Machado y Azorín. Por el contrario, Rubén Darío, sin dejar de reconocer que era un altísimo poeta, le resultaba intragable. En Azorín había descubierto que las más de las veces la más alta poesía se refugia en las cosas mínimas, y fueron los azorinianos «primores de lo vulgar» los que espolearon el recuerdo del poeta. De Machado buscó la emoción, y la sobriedad expresiva. Y de Baroja, una renovada manera crítica de ver la vida.

La publicación de *Medallas*, en 1925, en La Habana, fue fruto del empeño de dos amigos que descubrieron su secreto: Rubén Martínez Villena y Enrique Serpa, a quienes dedica el libro. Los dos eran poetas. En realidad, quien había descubierto «el feo vicio de hacer versos» de mi tío Paco fue su secretaria, María Teresa Azcárate, que había sido alumna de León Isach, subdirector de «Diario de la Marina». María Teresa reveló el secreto a los dos amigos. Cuando, sorprendidos, acudieron a comprobarlo, «yo les dije, sonriendo, que sí, que de vez en cuando me dejaba llevar por esa ventolera».

Cuando concluyeron la lectura, Villena manifestó que era un crimen mantener aquello inédito, y que había que publicarlo inmediatamente. Se erigieron en promotores

de la empresa. Fue así cómo el poeta veía editado un nuevo libro con sus «humildes versos, tan pueriles y tan amados».

Medallas se estructura en cuatro bloques de sonetos de desigual contenido numérico. El primero de ellos, «El mar, el puerto», recrea en catorce poemas la visión y la emoción del Santa Cruz de la adolescencia, trasunto de la libertad. Le sigue «La ciudad, el campo», con veinte sonetos. Todos ellos, salvo uno —El Cantillo—, tienen como marco para la evocación el mundo de la infancia, una visión a la vez sentimental y crítica, matizada con amables toques de ironía, del paisaje urbano y humano de La Laguna. Los treinta y cuatro sonetos de estos dos apartados están escritos en versos alejandrinos, que contribuyen a acentuar la morosidad con que fluye la memoria encendida y a configurar el *tempo* vital del poeta. El tercer apartado, «Un poco de pseudo clasicismo», engloba cuatro sonetos endecasílabos, con los que el poeta vuelve a incidir en la temática dominante en *Alta Plática*: De una parte, Castilla, artesa del lenguaje «que es el alma de los pueblos», y de otra, su nunca diluido horizonte religioso. El último bloque, bajo el lema «Peregrinaciones», agrupa doce sonetos, todos de corte alejandrino, de acusado carácter autobiográfico.

Un poemario escuálido, de modestísimo aspecto tipográfico, editado lejos de Canarias que, sin embargo, es su razón, sin padrinos que lo presentaran en sociedad y con el antecedente de la gélida acogida del libro primero, sería pronto —según el testimonio de Domingo Pérez Minik— «el libro que más han amado los hombres de la capital y puerto, e incluso aquellos más jóvenes de nuestra generación» (...) y «una de las expresiones más trascendentales de la poesía de las islas».

Medallas es, en esencia, la historia de un reencuentro. Es un libro de intimidad, que acaso el poeta jamás pensó que llegara a publicarse. «No creo que para nadie puedan tener un gran interés», escribe en la dedicatoria. «Son,

en su mayoría, sólo recuerdos personales de paisajes y tipos tan lejanos, tan locales e íntimos» que está seguro que no se les va a conceder la mínima importancia. Y, sin embargo, como señala también Pérez Minik en otra ocasión, estas *Medallas* están concebidas «con un talante, la inspiración y el sentido que no representan ninguno de sus contemporáneos, ni de los grandes como Tomás Morales, tan enfático, ni de los más jóvenes como Julio Antonio de la Rosa, con su gracioso barroquismo», sin duda porque de ellas emana «una intimidad que sentimos con facilidad, cierta confianza comunicativa, el amor y el conocimiento bien distribuidos...».

El poeta acierta a hacer puro presente su experiencia vital más entrañable, llevándonos al ámbito de su propia emoción renacida: «Hoy nos hemos fugado de clase», «Mi amigo y yo nos fuimos hoy por la carretera», «En la calle del Olmo vive doña Merencia», «Melancólicamente se va hundiendo, se apaga / el trajinar del puerto», «Nada hay más leve y suave que este perfume a espliego», «El padre Andrés es lento, gordito, colorado». Nada se interfiere entre el poeta y su mundo de recuerdos súbitamente iluminado por la mansa luz de la memoria fértil. Estos versos han sido escritos a algunos miles de kilómetros de distancia de la isla, y, sin embargo, el poeta se reconoce bajo el mismo aire inconfundible donde anidaron sus sueños mejores, y con los mismos seres y el mismo paisaje en que creció su libertad luego rota. Todo es puro presente, pura vivencia intacta, que el tiempo no ha mellado. Este fenómeno lo captó de manera sutil Juana de Ibarbourou, que dijo de *Medallas* que tiene «un sabor extraño de lejanía» aun cuando fueron versos escritos en América, y declara que ha dejado en su alma «más profunda que nunca, la nostalgia de todos los lugares de la tierra que yo no he de ver jamás». Por el contrario, para el lector de esta otra orilla, tienen un innegable sabor de cercanía.

En *Medallas*, lo mismo que en la mayoría de los poemas que completan el presente volumen, Francisco Izquierdo

filtra además sus confidencias personales con raro pudor. Encontramos registrados sus terrores infantiles, sus espantos, sus frustraciones y sus decepciones, sus ensueños, los momentos de felicidad cada vez que el silencio y la soledad se abrían ante su mirada. Pocas veces se ha confesado tan sutilmente y al propio tiempo con tan desgarrado acento irónico el drama personal de la pérdida de la fe en un hombre que tuvo en ella uno de sus firmes asideros vitales, como lo hace Francisco Izquierdo en el soneto «Calle de las Acacias»:

¡Oh, la Virgen Difunta que enterrais tan contritas
cada quince de Agosto! Hace tiempo ¡oh monjitas!
que dentro de mi pecho hubo esa procesión.

El soneto alejandrino es durante un largo período de su actividad lírica el vehículo ideal de expresión de Francisco Izquierdo, aunque no el único. El principal atractivo para el poeta es la capacidad que ofrece el alejandrino para prolongar el tiempo de la evocación, que suele alargar aún más mediante el empleo afortunado del recurso del encabalgamiento.

La estructura cerrada del soneto es, por otra parte, particularmente grata a quien, como Izquierdo, se complace en «cincelar» el poema hasta lograr «una tersura y una limpidez únicas», de tal forma —escribe en carta fechada el 5 de enero de 1969— que «ni con el microscopio más exhaustivo pueda traslucirse dónde enconadamente friccionó la lima y dónde brotó espontáneo, lozano y feliz» el verso. Se comprende así la calidad de su adjetivación tan ceñida y plástica, como también la brevedad e intensidad de la imagen poética.

El poeta no oculta sus preferencias por Antonio Machado, como también por Azorín, donde aprendió a amar lo pequeño, lo aparentemente vulgar e insignificante, y Baroja, que le proporciona una visión ácida de la vida, tan acorde con su propio temperamento y su manera esquiva de estar

en el mundo, de igual manera que en su juventud se sintió subyugado por la obra de Gabriel y Galán y de Ricardo León, autores que olvidará muy pronto. La emoción del paisaje no es ajena a la del cantor de los campos de Soria, como no lo es tampoco su visión sincopada de las cosas a la voluntad de estilo que predomina en las páginas de Azorín, ni lo es en la conjunción de acritud y ternura de sus retratos de viejos lobos de mar a la pluma del autor de Zalacaín. Su vinculación a la poética de Tomás Morales, que suele repetirse, me pareció siempre inconsistente y no va más allá de haber compartido, aunque con talante bien distinto —Izquierdo es nada grandilocuente— la temática del mar y también «el aire de su tiempo», el del modernismo literario.

Sus retratos son arquetipos: hidalgueros ramplones que perviven en el aire provinciano de la ciudad; clérigos orondos, blondos, obesos; beatas roñosas, de ojos perversos, de voz hombruna, de nariz corva; viejos marinos arrumbados en la escombrera de remotas hazañas en todos los mares; muchachitas de pueblo contemplando el pasar de la vida tras los cristales del postigo, con su mirada profunda derramándose en el silencio bobo de la calle desierta. Siempre —como ha señalado Sebastián de la Nuez— «a través de una fina ironía que se filtra en los retratos de los menudos personajes (...) en su mundo pequeño, recoleto y al mismo tiempo entrañable, profundamente visto y sentido».

El Santa Cruz que canta Francisco Izquierdo es el del puerto y sus calles aledañas, con sus tabernas y sus viejos lobos de mar, un Santa Cruz que es todavía «pequeña concha del mar», con su semáforo «tipo tiempo de la Conquista», el aún enhiesto castillo «ruinoso y altanero», el muelle y su trajín diario, que los domingos se llena de «niños, sus niñeras, soldados / señoritingas cursis, pollos endomingados, / provincialismo agudo, municipal fruición». Un Santa Cruz recoleto y amable por el que deambulan, como fantasmas, las sombras bien amadas por el poeta

de Zambrugo, Juan Chopas, Tatiñas, Musolina y tantos otros lobos marinos. Un Santa Cruz, palestra de sus sueños de libertad.

María Rosa Alonso ha dicho, y con ella coincide el profesor De la Nuez Caballero, que «no ha habido un poeta que mejor, más sabia y delicadamente haya cantado a La Laguna». Es cierto. Francisco Izquierdo ha sabido evocar en versos humanísimos el ritmo de la ciudad que vivió durante sus años primeros, aquéllos en que todo le parecía «prodigio y felicidad» y estaba descubriendo la belleza de lo cotidiano, el paisaje cordial de las esquinas, el encanto de las plazas hueras, abandonadas; la parsimonia de sus gentes, el aire muerto de sus patios abandonados, la voz de las campanas. Es el paisaje primigenio, nimbado por toques de ternura que, sin embargo, no logran borrar esas otras pinceladas de causticidad que dan un tinte inconfundible a sus estampas laguneras.

RETORNO Y AUSENCIA

La publicación de *Medallas* deparó a Francisco Izquierdo la acogida más cálida por parte de la prensa y la crítica cubanas. Jorge Mañach, en «Diario de la Marina», afirma que este libro es «uno de los aportes más serios que se hayan hecho a las letras en Cuba», pese a no ser cubano su autor, ni cubana su inspiración». Por su parte, Rafael Suárez Solís elogia la calidad de su poesía, pareja —afirma— a la de su prosa. Porque por entonces el poeta había empezado a trabajar y a escribir en «Diario de la Marina» como redactor, que además tenía a su cargo el extra dominical. Sin embargo, nada de esto alterará su manera de ser. En carta dirigida al pintor Mariano Miguel con motivo de la obtención de un premio de cuentos, carta que publicó el mencionado periódico de La Habana, Francisco Izquierdo dice: «Yo soy un hombre mínimo, sin historia. Yo soy un hombre que no cree en sí mismo. ¿Le parece pequeña desgracia? Cuantos esfuerzos —titánicos

esfuerzos, esfuerzos de tartamudo— intenté para inyectarme voluntad, optimismo, resultaron vanos».

Un buen día, coincidiendo con el advenimiento de la II República española, y sin que sepamos bien por qué, Francisco Izquierdo deja la redacción del «Diario» y regresa con su familia a Tenerife. De vez en cuando aparecen publicados algunos versos suyos en el periódico «La Tarde». Y, de igual forma que había llegado, otro día se marcha. Estaba a punto de comenzar el invierno de 1937.

De nuevo en Cuba, se reintegró al trabajo en el periódico, compartiendo tareas de Redacción con las de corrector de estilo. Y continuó «cincelando» sus *Medallas*. Falleció en La Habana en junio de 1971.

* * *

Esta edición de la obra poética de Francisco Izquierdo ofrece, dentro de la colección de la B.B.C., el atractivo de la publicación de un conjunto de poemas inéditos, escritos con posterioridad a la aparición de *Medallas*. Parte de ellos son prolongación, en todos los sentidos, de la poética troquelada en su libro fundamental. Los restantes dan fe del progresivo ahondamiento del poeta en su mundo interior, la precisión con que maneja el lenguaje y su persistencia en rumiar desde la otra orilla de su soledad el ovillo de los recuerdos, sobre los que proyecta un haz cada vez más melancólico y desesperanzado.

Hacia 1940, Francisco Izquierdo recopiló los sonetos de *Medallas* (en la mayoría de los cuales introduce alguna variación, obsesionado como estuvo siempre por lograr la perfección máxima) y añadió algunos más. Lleva un prólogo de Francisco G. Bodriñana fechado en febrero de 1943, y lo tituló *Poemas de la añoranza*, pero no fue publicado. Tampoco se publicó entonces, pese a los intentos que se hicieron, *Estampas antiguas*, donde reúne junto a poemas de gran aliento lírico, versos de ocasión y poesía de tono menor. De ambos poemarios se ha extraído la

selección que complementa a *Medallas*. También dejó Francisco Izquierdo un libro en prosa, de marcado carácter autobiográfico, titulado «Avenida Lunática».

De *Medallas* se ha preferido mantener la versión publicada en 1925, dado el carácter de la edición, dejando para otra oportunidad la publicación y el análisis de las variantes introducidas por el poeta en casi todos los sonetos. Sólo se han corregido las erratas y, sobre todo, la puntuación, a la vista de la recopilación de 1940, que el propio autor cotejó y fijó de su puño y letra. Además, se han eliminado, porque así lo hizo el poeta en la compilación citada, los poemas «El Cantillo» y «Calle del Jardín», el primero porque temáticamente queda fuera del conjunto dedicado a La Laguna, mientras el segundo aparece sustituido en *Otros Poemas* por el soneto «Calle de la Farola».

ELISEO IZQUIERDO

BIBLIOGRAFÍA

Del poeta:

CONFERENCIA leída en el Ateneo de La Laguna la noche del 20 de febrero de 1913 por su autor, Francisco Izquierdo e Izquierdo. Librería y Tipografía Católica. Santa Cruz de Tenerife, 1913.

ALTA PLÁTICA. Libro de versos por Francisco Izquierdo. Prólogo de Manuel Verdugo. Librería y Tipografía Católica. Santa Cruz de Tenerife, 1915.

MEDALLAS. Editorial Hermes. La Habana, 1925.

DE CÓMO SOR LUCITA CONOCIÓ EL PECADO (cuento). Segundo Premio del Concurso literario de «Diario de la Marina», de 1926. Revista «Cuba contemporánea». Tomo XII. Agosto de 1926. N.º 164.

Sobre el poeta:

ALONSO, María Rosa: *La poesía de Francisco Izquierdo.* «El Día», Santa Cruz de Tenerife, 25 de julio de 1971.

FRANCK, Jorge: *Sobre «Medallas», libro de versos.* «El Liberal», Las Palmas de Gran Canaria, 4 de septiembre de 1925.

IZQUIERDO, Eliseo: *Una cata en la poesía canaria del exilio: «Medallas», de Francisco Izquierdo.* Ponencia en el I Congreso de Cultura de Canarias. Noviembre 1986/febrero 1987.

— *Centenario olvidado de un poeta,* en «Archipiélago Literario», número 15. «Jornada», Santa Cruz de Tenerife, 15 de noviembre de 1986.

MAÑACH, Jorge: *«Medallas», de Francisco Izquierdo.* «Diario de la Marina». La Habana, 13 de mayo de 1925.

NUEZ, Sebastián de la: *Antología poética de La Laguna.* Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Santa Cruz de Tenerife. Excmo. Ayuntamiento de La Laguna, 1983.

PÉREZ MINIK, Domingo: *Antología de la poesía canaria. I. Tenerife*. Goya Ediciones, 1952.

— *Una de las expresiones más trascendentales de la poesía canaria*, en «Letras Canarias, al cuidado de Elfidio Alonso». «El Día», Santa Cruz de Tenerife, 14 de diciembre de 1968.

TERRY, Jacinto: *De este libro, lunática avenida...* «El Progreso». Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1915.

MEDALLAS

DEDICATORIA

A Rubén Martínez Villena

A Enrique Serpa

Estas medallas, fundidas y trabajadas en silencio —un opaco y frío silencio, es verdad— no creo que para nadie puedan tener un gran interés. Son, en su mayoría, sólo recuerdos personales de paisajes y tipos tan lejanos, tan locales e íntimos, que estoy seguro de que van ustedes equivocados, mis buenos amigos, al concederle la más mínima importancia. Sin embargo, ustedes me animan a publicar estos mis humildes versos, tan pueriles y tan amados. Yo quiero testimoniar a ustedes mi afecto y mi gratitud por sus halagadoras frases y por sus cariñosas instancias. Por eso esta dedicatoria.

Atentamente,

F. I.

EL MAR, EL PUERTO

SANTA CRUZ, CONCHA DEL MAR

Santa Cruz, la pequeña concha del mar, perlada
de un resplandor polvoso, crepuscular e incierto;
con sus Company Limited, con su espigón desierto,
sonrisa del Atlántico en la noche estrellada.

En el romanticismo pueril de la balada
que recita la espuma, la farola del Puerto
es como un ojo fijo, morbosamente abierto
sobre el azul enigma de la enorme llanada.

En los prismas del muelle, un pescador greñudo
nos contaba —voz gruesa, negro el cuello y desnudo—
cosas estrafalarias de guerra y de traición.

Y los brazos alzando, como la sangre rojos,
al avivar el fuego de su hoguera, en los ojos
las chispas rebotaban como una maldición.

CALLE DE LA CALETA

Calle de la Caleta, con su aroma salino
a brea, y su castillo ruinoso y altanero,
con su reja pintada de un verde chapucero
y algún viejo, roñoso, destartalado pino.

Taberna de Juancito, donde un lobo marino
mascador de tabaco era mi compañero
al dominó; ¡las veces que al mismo tabernero
—y era un as— le ganamos la convidada a vino!

Y yo me proclamaba patrón de una brickbarca,
pipa en boca, forzado y la mirada zarca
llena de lejanías grises de la alta mar.

Pretérito pirata, de un mote atrabiliario,
que ancló en todas las playas y tuvo un adversario:
Drake, demonio rojo, buen hijo del azar.

BARCO A LA VISTA

El semáforo, «tipo tiempo de la Conquista»,
bajo la azul campana su campanita suena;
su tintán se entremete en la tarde serena
empeñado en decirnos que hay un barco a la vista.

Grandes manchas de ópalo, de un verdoso amatista
en la comba llanura palidecen de pena.
Surge un lucero, otro. De la rubia colmena
las abejas de oro van perdiendo la pista.

Para el buen don Ventura, el práctico, en su lancha,
parece que el redondo infinito se ensancha.
Nos ponemos un poco, otra vez, a pensar.

Y aquel punto que vimos nacer en lontananza
es este mismo glauco barco inglés que ahora avanza
con sus verdes faroles sonriendo al pasar.

DOMINGO POR LA TARDE

Domingo por la tarde en el Puerto. La raya del horizonte yergue, luminosa, precisa, el filo de un enorme abanico que irisa de lentejuelas de oro, la luz cárdena y gaya.

El rectángulo obtuso de una vela soslaya en el azul su breve nitidez de sonrisa; paz, los vivos rebaños de espuma; paz, la brisa; paz, la monotonía orquestal de la playa.

Llenan el muelle niños, sus niñeras, soldados, señoritingas cursis, pollos endomingados, provincialismo agudo, municipal fruición.

Al pasar, en un barco, se ve un viejo marino reflejando en los ojos el silencio calino, sentado a la moruna tocar un acordeón.

TATIÑAS

Eras, bravo Tatiñas, un tiburón salvaje
que atravesaba barcos de parte a parte: un buzo;
tozudo, sanguinario, con ojos de lechuzo
y en el pecho un impúdico, un horrible tatuaje.

Entre el clamor de perlas del revuelto oleaje,
allá las pardas rocas bajo el azul infuso,
eras, verde alimaña, perfil rojo y dentuso,
la encarnación simbólica y animal del paisaje.

Espuma fui contigo y arpegio de las olas,
las inmensas llanadas, las dulces barcarolas,
los albinos silencios me enseñaste a violar.

Y una noche en la sombra te perdiste. Lloramos.
Al tercer día, yertos, tus párpados cerramos
y eran dos algas frías, viscosas, de la mar.

MUSOLINA

Y Musolina, el calvo, mugriento Musolina,
con su pipa, su panza y su temblor de fiebre,
como una mula vieja que busca su pesebre
se arrima a la negruzca taberna de la esquina.

Yo le invito y entramos. Luis, desde la cantina,
alarga sendos vasos. Espero yo a que enhebre
la aguja de sus cuentos. Hurga como una liebre
sus recuerdos y empieza: «Estando en la Argentina...»

Pasa un indio, un verdoso hijo de otros países,
igual que un Buda impávido, en sus pupilas grises
los fuegos de la selva sagrada reflejando.

Un vapor la bahía atraviesa. La plata
de su estela salpica polvos de caminata.
Se lleva entre sus hélices mi corazón, girando.

LA NOCHE

Y los Montes de Anaga son como melladuras
de una enorme moneda rota puesta de canto;
brujas petrificadas, de perfil, su quebranto
sollozan en la noche terriblemente a oscuras.

En la boca del puerto, el espigón, torturas
de un salivazo de olas rechaza y rompe en llanto;
la ciudad, con sus ojos amarillos de espanto,
otea inútilmente las espesas llanuras.

La línea momentánea de los verdes faroles
y rojos parpadeos moviliza las moles
del silencio, tumbadas sobre la azul alfombra.

Pasan barcos, gabarras. Junto a los prismas llego.
Y es mi balandro hundido en el ronco sosiego
índice de una mano que amenaza en la sombra.

POR LA CARRETERA DE SAN ANDRÉS

Mi amigo y yo nos fuimos hoy por la carretera de San Andrés. Es clara: una larga cornisa que al borde de los montes jibosos se desliza sobre la misma espuma sobona y parlotera.

Una pupila muerta —el sol— tan sólo espera que el párpado se cierre resignada y sumisa. Nuestra plática es suave. Caminamos sin prisa. El silencio anda en todo como si hablar quisiera.

Ya es noche. Las montañas se deshacen borrosas. No hay luna. No hay estrellas. Pasan sombras humosas, vaporcitos, gabarras con sus faroles rojos.

—Mi espíritu, él decía, mucho más negro está.
—Tiniebla, ¿y con faroles?... ¡Oh, tus pequeños ojos!
Ve. Camina. Espontánea tu luz se encenderá.

TACHUELA DE ORO

Hoy nos hemos fugado de clase. La barquita
donde vamos, se ríe con nuestra carcajada.
Tendemos nuestras redes. Tendemos la mirada
por la tersa y redonda soledad infinita.

Allá lejos, la espuma polvorosa se agita:
el espigón que sangra su nieve inmaculada.
Son las doce. Viramos. Por la enorme llanada
el silencio tumbado parece que dormita.

A pulmón lleno vierte su divino tesoro
el sol, tachuela de oro, magna tachuela de oro
que al cristal de los cielos fija un lánguido tul.

Y el mar, lleno de breves amenazas de plata,
hinchando el seno en ansias vivas de catarata
clava sobre mi frente puñaladas de azul.

ZAMBURGO

Me encantan esos viejos sucios, llenos de piojos,
pipa en boca, tez negra, tartamudo el andar,
iguales que esos bichos cornudos y bisojos
que entre las rocas duermen a orillas de la mar.

Si a sus pupilas de ágata llena de limos rojos
y azules sedimentos la luz crepuscular:
¡Qué tristeza la de sus paralizados ojos!...
¡Qué terrible el terrible dolor de declinar!...

Zambugo era mi amigo. Él nos contaba oscuras
cosas de embrujamiento, febriles, inseguras.
En sus barbas de chivo danzaba el desengaño.

Se quedaba las horas inmóvil, impasible.
Su boca desdentada era una cosa horrible.
Las burlas de los otros me hacían mucho daño.

DESAMPARO

Estoy solo, en los muelles lunáticos, desiertos,
arisca está la playa y como yo ceñuda.
Hay piedrecitas blancas en la arena desnuda
que brillan como brillan los ojos de los muertos.

Ven a mí, Dama Pálida, con los brazos abiertos,
en tu sudario trémula, guadañosa y dientuda;
arráncame a las mallas terribles de la duda;
mi frente está sangrando, mis labios están yertos.

Estoy como perdido en una selva negra;
parece un ojo bizco, la luna, y que se alegra
de las perplejidades de mi estupor herético.

El mar es una inmensa lágrima abandonada,
y el mundo una pupila ciega, desorbitada,
siniestramente vuelta hacia el azul hermético.

CALLE DE LA MARINA

Calle de la Marina. Venerables casonas
llenas de *English Spoken* y de *On parle français*.
Barullo. Tiendecitas con sus telas chillonas
y sus escandalosos letreros en inglés.

Dicen que todo cambia, pero de ser blasonas
chicharrera, y tozuda prosigues en tus tres
con tus mil recovecos, tus rampas resbalonas,
altos, bajos y curvas sin cabeza ni pies.

Alameda del Muelle, provinciana alameda
con su fuente y su lápida blanca entre la arboleda
—¿y qué dirá esta lápida ojeada al pasar?...

¡Oh, el oro de la tarde en tus balcones viejos
y los montes de Anaga retozando a lo lejos
con las locas y azules sabinas de la mar!

EL AZUL DE MI PUERTO

¡El azul de mi puerto!... Puerilidad sagrada
de este azul luminoso, terso y cosmopolita,
que en el silencio augusto parece que dormita
bajo el fondo invertido de la copa encantada.

Es un azul que ríe, como el que vio plasmada
la blanca y espumosa desnudez de Afrodita;
solamente en los claros ojos de Margarita
hay la humedad de gozo de este azul de mirada.

¡El azul de mi puerto romántico y sonoro!
Cuando se esfuma y rinde con la tarde y su oro
tiene lo alado y suave de una gasa que flota.

Azul imperturbable de seda y embeleso,
donde, insinuante y cálida, se posa como un beso
la rigidez oscura, trivial, de una gaviota.

MELANCÓLICAMENTE

Melancólicamente se va hundiendo, se apaga
el trajinar del puerto. Aquí, allá, encajonados
quedan apenas roncosp ecos desperdigados
que la neblina peina, solícita y halaga.

Acusa, en aguafuerte, la luz espesa y vaga
de un fonducho, unos rostros siniestros, derrotados.
En la paz de los tristes muelles abandonados
suspende la farola su amarillenta llaga.

Irrumpe una lejana música trompetera:
el barquito de guerra arría su bandera.
Las lámparas de plata comienzan a temblar.

Y los lobos marinos pasan a la indecisa
luz de la tarde muerta. Su audaz mirada lisa
fulge como los anchos silencios de la mar.

LA CIUDAD, EL CAMPO

LA LAGUNA, CIUDAD DE LOS VERODES

¡Ciudad de los Verodes y los Adelantados,
de hidalgüelos ramplones, de Obispo y Catedral,
que tienes el prestigio de los pueblos quedados
atrás, en el regazo de lo tradicional...!

Con tus calles desiertas, con tus hombres parados
en las esquinas, una conversación trivial
de pronto interrumpiendo al oír extrañados
dar las tres sin que pase Don Pedro el Magistral...

Sólo una nota tienes contemporánea y viva:
el culto del silencio, la soledad votiva,
serena y melancólica de la meditación.

Un silencio tan claro, sabroso y esparcido
que parece filtrado, cernido, desprendido
del oro de la hora de la Renunciación.

DOÑA MERENCIA

En la calle del Olmo vive doña Merencia.
Doña Merencia es suave, minuciosa, chiquita;
pálida y argentada, es una margarita
con su sí... no... sí... no... en perfecta inocencia.

Versos de Antonio Grilo. Tiempos de la Regencia.
Y esta dulce señora quieta en su ventanita.
Paz de la calle blanca... Solamente la irrita
su hermano Luis, su eterno banco de la paciencia.

Si ella afirma que es claro, él, tenaz, que es oscuro;
—Este don Luis, que dicen...— Mas ella es quien, seguro
sabe cuándo en las Claras hay novena o función

y si ya recibieron seda Las Pericanas.
Lleva al Cristo su vela; y todas las mañanas
oye, muy peripuesta, misa en la Concepción.

HUERAS PLAZAS DE PUEBLO

Hueras plazas de pueblo, hueras y desquiciadas
bajo el airón deshecho de los calvos escudos,
con sus negras casonas de balcones vueludos,
de hornacinas con vírgenes rotas, desnarigadas.

La botica en la esquina, en la otra, las gradas
de la iglesia. Tapiales altos, secos, desnudos.
Pasan algunos hombres —de vez en vez— ceñudos,
un cura, unas viejillas pulquérrimas, hispadas.

El sol besa, succiona, que lame se diría
a estas pardas hijuelas de la melancolía,
quietas como lagartos, hipnóticos lagartos.

La venta de Juanita, la Coja, estaba en una
de estas plazas. No había en toda La Laguna
unos tan deliciosos nuégados de a dos cuartos.

CALLE DE LA CARRERA

Calle de la Carrera, con tu torre, tu espía,
con tus rejas mohosas, con tus anchos zaguanes
donde surge escondido un olor a arrayanes;
donde rodó la lágrima de la melancolía...

Se oye el rumor insólito, lejano, de un tranvía.
Pasan viejas beatas, clérigos, ganapanes.
La catedral, su plaza, feria de los Don Juanes,
abre como el bostezo de una panza vacía.

Con sus lentes, su reuma y su barba borbónica
trae y lleva, entre encajes, sus cuentos Doña Mónica:
personas, hiedra, escudos, todo es negro a compás.

Y en el silencio ronco, sedentario y desierto,
un carretón cargado de cajones de muerto
atraviesa la calle, como una cosa más.

EL COLEGIO DE DOÑA PETRONILA

¿Te acuerdas del colegio de Doña Petronila?
Dos docenas de sillas de todas las figuras.
El dos y dos son cuatro eran nuestras torturas.
Mi novia era Maruca. Tu novia era Camila.

Como el andar de un huso, en el dulce hila, hila
constante, las lecciones mecánicas y oscuras
cantábamos en frases pueriles e inseguras.
En el patio roncaba como un lirón la pila.

Dama grave y poética, de novena y sermón,
Doña Petra lucía como un rojo botón
la verruga del labio, que al hablar le temblaba.

Siempre llevaba al cuello un mantón caneloso
y era su cruz a cuestras, yo, en el catón odioso.
La dichosa verruga a mí me desesperaba.

EL PALACIO DE LOS NAVA

Es de piedra labrada este palacio viejo
y huele a hueco, a cosa perfectamente muerta,
con sus anchas estancias vacías, con su puerta
roja y claveteada que yo miro perplejo.

Bajo el azul litúrgico y al opaco reflejo
de la melancolía de la Plaza desierta,
la sagrada verruga de la corona, abierta
entre las dos ventanas, parece un entrecejo.

Por tu patio mohoso, sin rosas ni arrayanes,
ya no cruzan altivos ni damas ni galanes,
altanero palacio de los Nava-Grimón.

Elegíaca, sombría y entre acacias de ahora,
por los tiempos pasados eternamente llora
la lágrima esculpida de tu limpio blasón.

DON AMBROSIO

Don Ambrosio es un viejo carlistón de abolengo
lleno de escapularios y demás cosas viejas,
de levitón cuadrado y anchas botas bermejas,
hombre oscuro, cardíaco, sentimental y luengo.

Era su casa un pardo, un puro voy y vengo
de curas, sacristanes y esas otras cornejas
que le llaman jaimistas. En sus ralas barbejas
temblaban sus implícitos: «y mi tesis sostengo...»

A la tarde, los jueves, siempre iba a verle. Historias
me contaba, tonante, de sus lejanas glorias.
Un intervalo. Un suave sorbito de rapé.

Por los muebles, al Angelus, las lentas campanadas
como si fueran aves se quedaban posadas.
Sentía mucho miedo, yo, sin saber por qué.

SANTA MARÍA DE GRACIA

Santa María de Gracia es un convento viejo
lleno de corredores, de herrumbre y de cerrojos,
con su patio, vivero de ortigas y de hinojos,
cara al barranco, altivo, clerical y perplejo.

Solamente, en Otoño, el mísero cortejo
de los seminaristas, con sus cintajos rojos
y el pequeño aspaviento de sus dormidos ojos,
aclara la fragosa crueldad de su entrecejo.

Suena un tranvía. Apenas ruido de pasos. Nada.
Zumba el viento. Rechina la plaza abandonada.
En el muro un humilde viandante está sentado.

Un cernícalo pasa. Se esconde en la arboleda.
Alza, remonta el vuelo. De repente se queda
con las alas abiertas en el azul clavado.

GOTAS DE PAZ

Hemos ido esta tarde a ver los soldaditos
hijos del «tercien», «firme», «en su lugar descanso».
El ejercicio fina. Ya se van, como un manso
culebrón que se arrastra, al cuartel derechos.

Esta adorada plaza, que opaca nuestros gritos,
tiene un color pasiego, de tostado garbanzo.
Quedamos solos. Huele a malvas, a ojaranzo.
Tienen quietud los árboles de tersos monolitos.

En la Ermita hay novena: viernes, por lo que veo.
Pasan viejos, beatas y el vueludo manteo
de Don Pánfilo, obeso canónigo en agraz.

Sus lamentos el Angelus, arrullador y blando,
al filo del silencio de cristal va rodando
como unas formidables y anchas gotas de paz.

GENOVEVA

Era tu casa humilde, tímida y solitaria
como tú, Genoveva, a un rincón descubierto
de la plaza asomada, con su florido huerto,
con sus sombrosos plátanos, su fuente, su araucaria.

En tu figura suave, de estampa legendaria,
y al bostezo prendida del ventanón abierto,
en el claro de luna, bajo el blancor incierto
eras como una Virgen que espera una plegaria.

Los dos nos contemplábamos con un pueril arrobo
de ni besos ni cartas; en el silencio bobo
resonaba algún paso por las calles desiertas.

Como lágrimas grises, los árboles filtraban
las hojas secas: pájaros del otoño. Quedaban
por la arena, lo mismo que mariposas muertas.

JARDINES ABANDONADOS

¡Altas rejas de hierro, roñosas, oxidadas
al dintel de los viejos, dormidos caserones,
con sus toscos escudos, sus rampantes leones,
sus lanzas laboriosas, sus sierpes enroscadas...!

¡Qué fragor de tragedias, sus bisagras cansadas
no habrán cerrado al mundo! ¡Cuántas humillaciones
no habrán amordazado sus rígidos florones!...
¡Oh, el terrible misterio de las cosas pasadas!

Rectángulos azules, circunflejas pupilas
donde un ciprés reposa largas sombras tranquilas;
violetas y arrayanes sueñan bajo un rosal.

Y nos imaginamos la paz máxima, eterna
del soledoso, inmóvil ojo de la cisterna,
en el silencio hilando lágrimas de cristal.

CALLE DE LAS ACACIAS

¡Oh, esta calle del Agua, llena de soledosas
palpitaciones tenues, de misterio y de luna!
¡Esta calle del Agua me dice tantas cosas!
¡Me dice tantas cosas esta arcaica Laguna!

Tocan a la novena. Unas viejas roñosas,
negras, de ojos perversos y nariz caballuna,
bajo las friolentas acacias, silenciosas,
pasan como las cuentas del rosario, una a una.

Convento de las monjas de Santa Catalina,
nunca sonó tan clara tu campana argentina
como cuando repica aquí, en mi corazón.

¡Oh, la Virgen Difunta, que enterráis tan contritas
cada quince de Agosto! Hace tiempo, monjitas,
que dentro de mi pecho hubo esa procesión.

LAS ETERNAS TIÍTAS

Quién no venera, en dulce añoro, a estas figuras
de mantilla, antiparras y ronco taconeo,
hijas de la pimienta suave del cuchicheo,
las eternas tiíttas, solteronas y oscuras...

Nunca izó sus bengalas de fiebre y de locuras
sobre esta aspaventosa carne muerta el deseo.
Tragadoras terribles de hostias. El manteo,
ellas, la letanía, todo era cosa de curas.

Era Doña Verónica una de estas señoras
de crochet en las manos las horas y las horas.
Con mis absurdas risas la llevaba el demonio.

En las vigas del techo del comedor colgaban
racimos de mazorcas. Los muebles rebrillaban.
Bajo un fanal casero reía un San Antonio.

EL PADRE ANDRÉS

El Padre Andrés es lento, gordito, colorado;
anda siempre pasito, por aquí, por allá.
De su clase, va, viene, entra, sale: ¿ocupado?
—dice a los demás Padres—: él, ¿cuándo no estará?

Tiene un hablar de tiple, melifluo, chorreado
y hace también versitos: ya se los leerá.
Todas las tardes tira sus lentes indignado
por si aquí dice re, o por si dice fa.

Corretear las calles es su delicia sola.
Abre, cierra el paraguas. Va a ver a Doña Lola
que a decirle una misa alguna vez lo manda.

Por la plaza atraviesa igual que un rehilete.
Dobla una calle, otra, pasa con un paquete,
y a esto, en el convento, nadie sabe dónde anda.

CARRETERA FINA Y CLARA

Va en vuelta de Tejina, fina, la carretera
ornada de eucaliptus de un gris terso de plata;
es húmeda y es clara, como la primavera,
y tiene un aire antiguo de dueña o de azafata.

Domingo por la tarde. Pasa la doble hilera
de los seminaristas bajo la sombra grata,
y llenan la eclesiástica calle de Juan de Vera
con su mirada boba y su banda escarlata.

Abre su boca un pozo como un ojo fanático
al pie de unos rosales y mira al cielo estático
con el fervor ausente de aquel que va a rezar.

Por la acequia, llorosa, va el agua cristalina;
y el oro de la tarde fantástica y calina
pone sobre los montes un vago azul de mar.

EL CAMINO DE SAN DIEGO

Nada hay más leve y suave que este perfume a espliego,
estos blancos geranios, este añoso frutal,
esta parda iglesuca, el patio solariego,
las malvas de la orilla, las rosas del parral...

¡Oh, San Diego del monte! ¡Camino de San Diego!
eres, en el silencio de la tarde estival,
de un oro de casulla, batido, palaciego,
y en la calma violeta, pareces de cristal.

Se enrojece la cresta de la montaña. Un fino
aire sutil. Sus rígidas alas pliega un molino.
Hincha el pecho la vega como a un dulce sofoco.

Allá, unos ojos rojos gigantes, pendiendo
quedan sobre una bóveda, sobre un balcón. Fluyendo
viene un polvo de estrellas. La noche es poco a poco.

DOÑA MARIQUITA

Ya en el salón, la buena de doña Mariquita
se sienta al piano y toca un vals lánguido y ñoño.
La noche es una noche lunática de otoño,
y la señora, estilo «tiempo de la Nanita».

Le aplaudimos. La dama se engurruña, se agita
y gana un aire denso, romántico y bisoño;
nerviosa, en la teñida muralla de su moño
la peineta se pone, la peineta se quita.

Se toma chocolate; se charla, se hacen chistes
y se recitan versos de éstos de cosas tristes
o de princesas glaucas desmayadas en lagos.

Al dar las once, púdica, se levanta la dama.
Besitos. Apretones. Antes de ir a la cama,
vamos a la taberna a echarnos unos tragos.

LA PLAZA DE LA PILA

Tiene una torre al frente la plaza de la Pila.
Tiene unas suaves casas pintadas de amarillo.
Tiene unas blancas losas. Ámbito gris, sencillo.
Resuena la pisada municipal, tranquila.

Su esbeltez, los cipreses hieráticos y en fila
alzan como oraciones. El eterno estribillo
del surtidor apenas deja un gozo, un humillo.
Abre el tazón su tersa redondez de pupila.

Solo estoy —pero, ¿cuándo no estoy solo?—. Me ausencio
aún más cabe las rosas. Exuda este silencio,
rancio, como una herrumbre espiritual y ardiente.

Rasga una campanada la soledad: sobre ella
flota en círculos breves, concéntricos: querella
del guijarro en un pozo, de una flor en la fuente.

UN POCO DE PSEUDOCLASICISMO

ÁVILA, SALAMANCA...

I

Porque soy español, señora mía,
veis en mí esta esquivéz y esta arrogancia;
porque tengo la sangre altiva y rancia;
porque soy un buen mozo todavía.

No empece la estirada bizarría
para amar de una rosa la fragancia.
Nada le tengo que envidiar a Francia
para justas de amor y galanía.

Nací en una ciudad perfectamente
antigua y castellana, por su gente
angulosa, sañuda y sepulcral.

Por eso soy así, terco y de historia
como esos pueblos de leyenda y gloria:
Ávila, Salamanca, Ciudad Real.

II

Hízome más adusto todavía
la hiel de un prematuro desengaño.
Son estos tiempos de impiedad mal año
para lances de honor y de hidalguía.

Porque habéis de saber, señora mía,
que tengo a gala ser hosco y huraño.
Un español que reza como antaño
Ave María tras Ave María.

El halcón y el caballo añoro y lloro,
y en ser perfecto y puro Siglo de Oro
puse el más alto y atrevido empeño.

¡Tiempos calderonianos de tapadas,
brujas, espadachines y emboscadas!
Soy español, señora mía, y sueño.

DOLOR DE LA CAMPANA SIN ECO

¡Oh, campana llorosa! ¡Qué ironía!
¡Qué terrible amargor el de tus penas
si en la ciudad improvisada sueñas
y alguna vez te escuchan todavía!

¿Para qué la alta torre, si en la fría
oquedad de las cúpulas que llenas
eres un ruido más, un ruido apenas
perdido entre la urbana algarabía?

Necesitas la pátina, la herrumbre,
el silencio rural, la pesadumbre
de la caduca villa blasonada.

Palpitación sonora de lo Ignoto,
para cuajar sobre el azul tu exvoto
exiges ser tú sola: o todo o nada.

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

Surge del cuadro la figura sola
con una inmóvil rigidez de acero,
férvida, espiritual, como el severo
perfil de San Ignacio de Loyola.

Aun siendo en verdad Dios, Dios que se inmola,
se ve el barro carnal y pasajero,
rebelde ante el no ser, alzarse fiero
con esa esquivez tan española.

Y más que universal perdón divino
el fulgor de sus ojos, mortecino,
es yerta lividez de angustia humana;

de esa azul lividez de calmas hecha
que parece escuchar, que nos acecha
por toda la llanura castellana.

LA FE

Sortilegio divino, que poeta
nos torna el corazón; limpio diamante
del que es un resplandor de la radiante
sonrisa de Jesús cada faceta;

báculo espiritual, fuerza secreta
que un recio caminar da al vacilante;
dulce, cálida y fiel mano de amante,
puente bajo del cual va el agua quieta;

algo exquisito, soberano y fuerte
que más allá camina de la muerte,
que ahuyenta todo mal, toda sed calma;

sustancia del amor, brújula y llave
que abrir las puertas de lo Eterno sabe:
esto es la Fe: la médula del alma.

PEREGRINACIONES

PALABRAS PARA MI VERSO

Hondo silencio inmóvil, abierto, reposado,
del campo, de los viejos caserones en ruinas,
de las plazas vacías, sonoras, de las finas
transparencias del agua, del huerto abandonado...

Hondo silencio inmóvil del mar, arrodillado
al ancho de las roncadas soledades marinas.
Hijo soy de este albino silencio: unas divinas
palabras, en la noche, su voz me ha revelado.

Y estas palabras limpias, luminosas y bellas
quiero para mi verso: una sarta de estrellas
vertebrando un concepto claro, rígido, frío.

Unas palabras grises, alisadas, redondas,
como esas piedrecitas que entre un rumor de frondas
lame y pule la lengua milenaria de un río.

JUVENTUD, FLECHA DE ORO...

Las cosas van perdiendo sus esquinas. Empieza la hora de los recuerdos. Vueltos atrás miramos la senda. En nuestras manos, sin gran asombro, hallamos un poco de ceniza, un poco de tristeza.

Los eternos motivos, la gloria, la proeza, que nunca amamos mucho, pero que, en fin, amamos ya no nos entusiasman. La estridencia encontramos desagradable, el orden simula la belleza.

Esta dulce sonrisa flexible, tolerante, que asoma a nuestros labios —avanzada triunfante de otros más hondos surcos— es una arruga más.

Y, sin embargo, el lento poso de esta sonrisa destilado hilo a hilo, no lo doy por tu risa —¡Fausto, qué pobre ingenuo! - ¡Juventud, que te vas!

AMATISTA

Sí. Tu labio es un filo, una esquinada arista
sin curvas —gracia irónica— de un rictus cruel, violento.
Con tus pupilas de ámbar y tu extraño indumento
eres como una fúlgida, una enorme amatista.

Siempre los tonos simples gustaste: la imprevista
algazara de un rojo o un verde virulento.
La media tinta es pausa, compás, comedimiento;
que Fray Luis no es tu amigo, eso salta a la vista.

Muy bien ese pequeño sarampión de arrogancias.
Yo mismo fui un rebelde, allá cuando, y las rancias
bellotas del pasado agité con mis trenos.

Sin embargo, tu audacia y tu traje amarillo
no servirán de nada. Te enyugarán al trillo,
¡y el día en que parezca que lo mereces menos!

ARAÑAZOS

Cuando mi padre dijo: —«Se vende la Resbala»
lleno de palidez, de asombro y de amargura,
y añadió: —«Para el sábado se firma la escritura»—
la noticia en mi casa cayó como una bala.

El «no hubo otro remedio» y el «la cosa está mala»
no amenguaba en nosotros ni en él la desventura.
En silencio mi madre recogió la costura.
Mi hermana cerró el piano y se fue de la sala.

¡Se vendió la Resbala! Por la tarde en la mesa
a alzar no se atrevía ninguno la cabeza.
¡Qué terrible tan pronto aprender como yo

a resignarse! ¡Oh, bellos naranjos de oro! ¡Oh, viñas!
¡Oh, heliotropos del patio! ¡Oh, brevas vicariñas!,
Íbamos los veranos allá. Ya se acabó.

SILUETA DE DON ANTONIO AZORÍN

No hay duda. Don Antonio Azorín me enamora.
Él mismo es su monóculo, redondo, cristalino.
Me recuerda las aguas en el estanque, el fino
cielo de las montañas, la rural paz sonora.

Este hombre, un taumaturgo de la minucia, adora
la pequeña importancia, el pequeño destino.
Tono menor, mas, donde, forrado en pergamino
todo el silencio trágico del siglo veinte llora.

Su mirada es irónica, curiosa, sosegada,
británico su modo, su sonrisa sesgada,
frígida. Don Antonio Azorín: todo vuestro

espiritual tesoro sobre España se vierte.
Sí. Vuestro amor a España es el máximo, el fuerte.
¿Montaigne?... Montaigne es mucho Montaigne, ¿verdad
[maestro?

YO, SEMINARISTA

Frente a la turbia, eterna y universal congoja,
el capuchón del Santo de Asís sobre Hamleto
¿que valdrá? Sin embargo, quise ser cura: un reto
a mi razón unánime que en nada me sonroja.

Naturalmente loco —el Señor Dios me acoja—
la manera de un módico sacristán obsoleto
no pude hallar; la quina me ministré en secreto
y remitió al instante la calentura roja.

Quise pesar mi sombra, más bien, saltar sobre ella.
Fue un sueño azul, fue un rayo de la oriental estrella,
fugaz, que hirió mis ojos. Luego, ni luz ni herida.

Más solo, más al margen, mi escepticismo aumenta.
Duermo bien. Leo un rato. Mi digestión es lenta.
Y nada más. A eso se reduce mi vida.

¡ECHEIDE, VIEJO ECHEIDE...!

Como un viejo barbudo que cuida su rebaño,
más alto que los pinos del bosque se levanta,
mucho más alto, y sigue la sed de su garganta
a saciarse en las mismas barbas del cielo hurafío.

¡Echeide melancólico! Soledad de ermitaño
ansías, la aureola tienes de carne santa:
la capucha de perlas en nieve que te planta
el Invierno: nervuda pata del Desengaño.

Oro, armiños, bruñidas rosas que el sol te envía,
de los hombros te cuelgas, tu cabeza bravía
se queda, degollada, divagando al azar.

Y, gigantesca teta, nómada monolito,
de un sorbo hambriento quieres tragarte el Infinito,
y en el azul, tu leche de ensueños derramar.

ADRIANA

Vivías en la calle de las Tiendas, Adriana.
Tenías bajo el gárrulo verde de tus balcones
un gentil alboroto de colores chillones
y exóticas nostalgias de la India lejana.

Sobre esta extravagancia, qué límpida, que llana
tu sonrisa, sin puntas, encaje ni vuelones,
como tu saya, lisa. Eras en ocasiones
un poco medio-novia, un poco medio-hermana.

Soñabas de un fantástico modo —el modo mío—
duquesitas y mármoles a lo Rubén Darío,
el Partenón, Versalles, la Biblia... ¡no está mal!

Has parido tres veces, estás gorda y espesa
y vas al cine. Dime, desmayada princesa,
¿desde entonces tenías ya un ojo de cristal?

SILUETA DE DON PÍO BAROJA

Este señor Baroja seco, brusco y altivo,
es un resorte nuevo que se va, que se escapa;
si usted piensa meterlo al canuto, la tapa
le saltará a los dientes y surgirá más vivo.

Él le perdona todo menos que sea pasivo.
Solitario individuo. Nada de grey ni lapa.
Él quiere que usted sea, buen amigo, a la guapa,
hombre de acción, forzado, violento y agresivo.

Su pupila, a lo ancho de la vida española,
va, viene, sube, baja, sin regla ni vitola:
y el martillo en su fragua no parará jamás.

Yo le debo a este vasco de mirada caótica
el limpiarme la sarna clerical y patriótica,
y el ver la luz de alante, no el resplandor de atrás.

MOTIVOS Y ELOGIOS DEL GRIS

Me gusta el gris, la tersa plata de un gris lejano
en las crepusculares cúpulas de infinito
de cielo y mar, pereza de lo apenas marchito,
furtiva y melancólica lágrima de lo Arcano.

Y esos días de lluvia, de mano sobre mano
y humildes manoseos al libro favorito,
qué hermoso gris, el agua, un gris de ahogado grito,
un gris ronco y espeso de mi dolor hermano.

También el gris monótono del cuartel y la incluso
me encanta: un revulsivo de mi conciencia ilusa,
me hace odiar y erizado que a mí mismo me encuentre.

Hubo otro gris más férvido, borrascoso y amado.
Sobre unos ojos yertos huyó desengañado.
La tarde, gris como ellos, los revirtió a su vientre.

PEQUEÑA DISGRESIÓN

No creo en nada, ¿sabes? En absoluto, en nada.
Los Santos y Santísimos me dejan hueco, frío.
Al igual que un neumático se vació el pecho mío:
un soplo en las tinieblas y mi fe fue arrasada.

Ni un sollozo mi pena cuajó desconsolada,
y el desdén fue empujándome, lanzándome al vacío.
Yo pienso que he dejado de creer por hastío.
Tengo el alma, diríase, fofa, descoyuntada.

Inculpar a los símbolos viejos, grandes y bellos
sería lo decente, mas no es asunto de ellos.
Bien sé que soy el solo y único que cambió.

Al revés, una humilde lengua sucia ha incubado
más de un santo. Yo mismo me pregunto azorado,
pero este canallita menudo, ¿seré yo?...

VISIONES INQUIETANTES

Y sonarán clarines. Y alumbrará la senda
una fogata de odios. Y al resplandor siniestro
surgirá Dama Pálida llevando del cabestro
las cuatro apocalípticas bestias de la leyenda.

Y anunciará el estruendo final de la contienda
ancha turba famélica. Y el mundo será vuestro.
Apostólicos bardos inflamarán su estro
y cuajarán sus lágrimas sobre la roja ofrenda.

¡Oh, burgués, no te asustes! ¡Goza vivo y orondo
tus dineros ganados, que aún no hay mar de fondo!
Goza el hoy, ¿qué te importan la fragua ni el dragón?

Sobre las aguas muertas una barca va hundida.
Silencio. De repente en las sombras perdida
se ve alzarse una mano. Y agarrará el timón.

OTROS POEMAS

UNA ARAÑITA

El filo del enorme
silencio de repente
en dos se ha roto y surge,
apresurado y breve,
de un andar el rasguño.
Algún mensaje urgente
de la ciudad llegó, sin duda. Pasos
hacia la sala y en tropel convergen.
Cierro el libro y escucho
febril, ansiosamente.
No sé qué de fatal y triste aguardo.
Un grito, un sólo grito me estremece.
Y a gravitar la mole
tremenda y plúmbea del silencio vuelve.
Por el terror me quedo unos instantes
paralizado, inerte.
¿Qué es lo que habrá pasado?
De la ventana, vertical y tenue,
sobre el azul rectángulo
una línea aparece.
Por ella, una arañita
sube y baja, va y viene.

MARÍA MAGDALENA

Te soltabas, María Magdalena,
tu endrina y noble trenza, como el breve
rodar de encajes su impoluta nieve
por tu garganta cálida y morena.

Algo remoto de hada o de sirena
había en la paz de tu sonrisa leve;
algo del mismo afán que a la mar mueve
a darle espejos a la luna llena.

En la penumbra gris de una sombría
soledad de laureles todavía
mi encanecido corazón te evoca,

en mis manos tu mano, tu mirada
en mis ojos perdida, trastocada,
mi beso pordiosero de tu boca.

EL FUNERAL

Ya la noche avanzada,
en el destartalado landó viejo
mi padre y yo volvíamos
del funeral.
¡Qué frío en Los Rodeos!
Por mi rincón sumido,
en la terrible oscuridad perplejos
mis ojos contemplaban
otra vez, sobre el negro
y el oro de capas y casullas,
del latín y los cirios el revuelo;
el órgano y sus tristes misereres;
ir y venir de hisopos y de inciensos;
la pausa interminable
y el pavor de los mudos Padrenuestros...
La enorme carretera solitaria...
Árboles en desfiles gris de espectros...
Y en esta pesadilla,
el monótono y seco
tic-tac de los caballos,
más y más iba abriendo
profundas y siniestras
las zanjas del silencio.

NOSTALGIA

Laguna de Tenerife,
cómo te llevo en el alma.

Polvaredas del silencio,
del tiempo y de la distancia,
entre tu ronda y la mía
levantaron altas tapias.
Hoy, inseguro mi paso
y encorvada ya mi espalda,
siendo la vejez tan sólo
un retornar de la infancia,
niño tuve que volverme
para sentir tu nostalgia.

Laguna de Tenerife,
cómo te llevo en el alma.

Nunca más volveré a verte,
y es así que mi nostalgia
se torna más dulce y triste
porque no tiene mañanas.
Pero, vestidos de luto,
alzados puentes de plata
no habrá jamás que separen
mi lágrima de tu lágrima.
Juntos la vega corrimos
y juntos a la algazara

del volador fuimos siempre
del Santo Cristo a la Entrada.
Y cuando los mojigangos
con su vejiga pasaban
del Carnaval en la víspera,
yo temblaba y tú temblabas.

Con el rigor de la ausencia
más es ternura y es gracia
sobre mi frente la brisa
que de Las Mercedes baja,
y más bellas son tus calles,
tus rincones y tus plazas,
tus venerables escudos
y tu Catedral que afianza
la vieja castellanía
de tu luminosa estampa.

Laguna de Tenerife,
cómo te llevo en el alma.

EL TOQUE DE ÁNIMAS

Y en el silencio hundidas, forzosamente insertas
como cuñas de bronce, las ocho campanadas,
por mi ventana en torno quedábanse posadas
ocho enormes lechuzas con las alas abiertas.

Del rosario, y más lúgubres después, de las ofertas
piadosas a las Ánimas benditas susurradas,
aún recuerdo mis manos por el terror crispadas
sobre mi frente, oyendo las salmodias inciertas.

Terminó la llovizna; y era los espejos
tránsfugas de los charcos, en la luz los reflejos,
el temblor amarillo de unos ojos mirando

que las siniestras aves de nuevo el vuelo alzaban
y al son de sus cencerros tras ellas se llevaban
por la greña el cadáver de la noche arrastrando.

BOBOS TIEMPOS

Bobos tiempos aquellos de landó charolado;
de tertulias caseras, mazurka y rigodones;
de barbas y levita, moño y tirabuzones;
de alcuza y palmatoria; de Alfonso restaurado.

Yo nací en un residuo infeliz del pasado,
y entre esquinas musgosas, corroídos blasones,
zaguanes con cancelas y herrumbrientos balcones
mi corazón perdura vetusto y desolado.

De un canto gregoriano rumor y lejanía.
Ventanas. Puertas. Muros. Ha llovido. Una fría
soledad de laureles. La plaza, yerta, muerta.

Y era como una lágrima por las cosas llorando la suave
campanada del Angelus rodando
sobre el cristal inmóvil de la calle desierta.

DOÑA FLOR

De doña Flor Monóvar, desgarbada, sombría,
la voz hombruna, el gesto árido y las verdades
cantándole al más pinto, que de sus soledades
el rigor suavizaba con vino se decía...

Frontera a doña Luisa de Gándara, vivía
en su palacio, todo desconche y ranciedades,
y Hermana Mayor nata de cuantas Hermandades
hay y habrá, como suya la parroquia regía.

Cuando la Infanta Eulalia, allá por el noventa,
estuvo en La Laguna, que al terminar —se cuenta—
solemne el besamanos, se formó un alboroto;

porque otorgar la gracia quiso de su sonrisa
a doña Flor Su Alteza después que a doña Luisa,
y doña Flor agravios nunca echó en saco roto.

DON JUAN RUI DE LORETO

Dandismo su monóculo, don Juan Rui de Loreto
era además de noble tronado y vagabundo
tan ceñido en sus gestos y en su hablar tan rotundo
como en el Siglo de Oro fue el perfil de un soneto.

De sus ojos partía como un venablo el reto
y en los tiempos plantado de Felipe Segundo,
a entender no atinaba por qué nadie en el mundo
vistiera ya las calzas, el jubón y el colete.

Todo encomiendas, cruces y pasamanería,
entre ujieres, cornetas y tambores, el día
de San Cristóbal, en la cívica procesión,

calle de La Carrera abajo, y a la izquierda
del Alcalde, mi viva nostalgia lo recuerda,
alcanforado y rígido, ir detrás del Pendón.

DOÑA CLAUDIA

A la sombra de un pino
vivía doña Claudia.
Escribo en su memoria
esta página blanca.
Era cada domingo
mi ir a visitarla.
Entre bermejas rosas
leíamos a Larra.
Me enseñó a amar a Bécquer
y a Fray Luis de Granada.
¡Qué deliciosas tardes!
¡Su fina mano pálida
a la ronda y al tute
barajando las cartas!...
En su sillón de esparto
sentadita ¡qué magia
y tropel de leyendas
la voz vibrante y plástica
para mí iba hilando
en su rueca de plata,
sonriendo Homero y Dante
detrás de su mirada!...
Por la nariz a tientas
las viejas antiparras,
la pañoleta al pecho
gentilmente cruzada,
primoroso el aliño

de su cabeza cana,
a esta dulce ancianita
simplemente adoraba.
Envuelta con los óleos
murió una mañana.

ABUELA TATA

La sal de mi niñez fue Abuela Tata,
con su barbilla en punta, el diente frío
retorciéndole el labio, y el vacío
de su mirada tímida y beata.

Más que en su frente la insinuada plata,
su pregón siempre fue de señorío,
del almidón de los ímpetus y el brío
y los revuelos en la blanca bata.

Yo no sé qué de la cubana prenda
le daba a su esbeltez algo de ofrenda,
o de indianas nostalgias la fe viva,

como la caña brava cuando rinde
en el conuco por la verde linde
al céfiro su frente pensativa.

LAS PARRANDAS

En verdad, bellas eran
de mi tiempo las típicas parrandas.
Nuestra pandilla a cuatro
apenas si llegaba:
Con la ocarina, Alonso;
Felipín, que cantaba;
Telmo, con la bandurria,
y yo, con la guitarra.
Malagueñas, milongas,
folías, isas canarias.
¡De «Lo Divino», aquellas
por Nochebuena cándidas tonadas!
Y por los Carnavales
¡qué de bailes y cuánta mojiganga!
¡Fiestas de Tacoronte y de Tegueste,
Geneto, San Andrés, la Candelaria!
Y de «María Jiménez» y «La Trocha»
las comilonas bárbaras,
la salsa verde del chicharro, el tolo,
el guelde, el mejillón, la fresca lapa
y el aderezo cálido del vino
de Arafo y La Matanza.
En la trastienda gris de mi recuerdo
vivas están aún estas parrandas
junto a los pintorescos ventorrillos,
con sus corros las danzas,
los locos voladores

y las ebrias campanas.
A hurtadillas, las mozas
el ojo nos guiñaban.

EL CASTAÑERO

Acercándose «El Día de Difuntos»,
frente a casa, en la esquina,
Diosdado, el castañero,
siempre se aparecía,
con el brasero, el tostador, el banco
y el cesto de castañas rubias, limpias.
Andando a su trajín, de mi ventana,
terriblemente frías
las noches, lo miraba,
y el ascua roja, viva
de la brasa al arder, cuando violento
su resplandor fulgía
como unos fuegos fatuos en el tenue
temblor azul de su mirada tímida,
mis nervios un espanto
de luz y de silencio sacudía,
como las mariposas
que en platos y escudillas,
por un rincón cualquiera
Abuela Tata, en férvida y pasiva
ofrenda por los muertos
de toda la familia,
durante una semana
presurosa encendía,
y en el denso vacío de la sala
de miedo se morían.

CALVARIOS

¿Calvarios todavía
quedarán en mi tierra, de los pueblos,
como manos abiertas, a la entrada,
al viandante tendiéndose?

De bruces casi sobre
la paz del diminuto cementerio,
el que yo amé de niño
bajaba por la rampa de un repecho
desde un altozano hasta el camino
con sus cruces y sus cipreses negros.

Humilde y solitario
perdura en mi recuerdo
como un mastín, perdido
el rastro de su dueño,
que a esperar a la muerte
se tumba al sol, inmerso
su abandono en el verde
y unánime silencio.

DOÑA BELISA

La nariz corva, el labio retorcido y astuto
y en un ojo una nube; profusa poetisa
además de teósofa, era doña Belisa
fiel y segunda esposa de don Sindo Zeruto.

En una casa verde detrás del Instituto
vivía, al callejeo seriamente remisa,
recitando a don Sindo, paladeados, sin prisa,
sus versos de hora en hora, la voz como de luto.

Solía, del postigo detrás agazapada,
vérsese pluma en ristre a su afán entregada
de afinar a la arisca metáfora el entalle,

atónita mirando, rituales, agoreras,
de la difunta noche las mortajas primeras
caer sobre el silencio de la aterida calle.

ROSITA Y JULIANA

En el tórrido y ocre sopor de la galbana
y entre un montón de ñoños y ajados figurines,
ávidamente lee sus arduos folletines,
de codos a una mesa la cojita Juliana.

Absoluto el silencio. Allá dentro, su hermana
Rosita, como siempre, dada está a sus trajines.
Desde el patio, el oreo de un festín de jazmines
a su gusto entra y sale por la abierta ventana.

Dan las tres. Unos pasos se escuchan. No es Prudencio,
comprueban las dos damas. A tumbarse el silencio
vuelve al sol. Una hora, tal vez antes, pausado

andar la mudez rompe de la calle. Tampoco
es él. Las dos señoras se hacen cruces, y ya un poco
asustadas van, vienen... Señor, ¿qué habrá pasado?

HUMILDE Y DOLIENTE

¡Brickbarca de mi ensueño, que los mares de Oriente
rindiéranse a tu paso jocundo y atrevido,
quién diría, al contemplarte con triste pie de huido,
recalar por el puerto, humilde y penitente!

Los senderos que abriera tu tajamar valiente
de azar y de fortuna, herrumbre son y olvido,
y ya tu arboladura un párpado es fruncido
que al azul va a cerrarse definitivamente.

¡Capitán del famoso brickbarca, fuiste un bravo!
Cien veces te bendijo la Cruz del Sur, y El Cabo
doblaste otras cien veces: No más rumbo a la mar.

Pues te venció la máquina y eres leyenda o mito,
sube al puente y da al viento la pena de tu grito:
¡Larga el ancla, muchacho; vamos a descansar!

JUAN CHOPAS

¡Y aquel Juan Chopas, el tonelero, zarco
el ojo pitañoso, triangular, de culebra,
la frente chata y lisa, el belfo labio en quiebra,
barrigón, orejudo y las piernas en arco!

Siempre entre sus barriles, aquí doy, allí marco
y después de al caneco darle de la ginebra
dos o tres buenos toques, pegábamos la hebra:
Cuentos, y sus hazañas de capitán de barco.

Con su risa escupida como por el colmillo
y del bello relato colofón o estribillo,
cazurro y entre dientes este nauta Sileno,

mesándose la barba gris y espesa, ironía
el azul de sus ojos, sin más ni más decía:
—Un pañuelo es el mundo, y con él yo me sueño.

CON EL ALBA

Nuestro regreso al puerto
con el alba sería,
cuando su velo gris, roto y disperso,
las bellas medias tintas
del oro, el rosa, el verde,
el púrpura y el lila,
a esbozar su acuarela
fugaz empezarían
en torno de la nube
y del monte en arista.
Ágil, nuestro balandro,
apenas rozaría
las moles del silencio recostado
sobre la azul serenidad marina,
en su cauto y moroso
andar de quilla en quilla
por entre los pomposos trasatlánticos
hacia los muelles donde suspendida
sobre su desperezo
siguiera la amarilla
llaga de la farola
ardiendo todavía.
Y a lomos de la espuma
que levantó la brisa,
clavados sus menudos diente-cillos
sobre las olas trémulas y límpidas,
en blancas procesiones

fueran las margaritas...
Realidad o sueño
fue la vuelta así siempre
de nuestras pesquerías.

DON COSME

Suspenso nos tenía
nuestro patrón don Cosme horas y horas
con la magia y prodigio de sus cuentos.
Hasta Punta de Abona
llegábamos de pesca algunas veces,
y atentos al trajín o por la popa,
boca arriba, en la lancha,
nos contaba sus cosas.
¡Qué riesgos y peligros!
¡Por cuánta tierra exótica
al hombro un papagayo no anduvimos!
Y en su absurda metáfora,
su sonrisa y su gesto,
hasta en su interjección violenta y ronca,
todo a mar transcendía;
polvareda de luz, mueca sonora,
madrigal de la espuma, recogido
a su Yuste, como a una caracola.

ELEGÍA

La más triste y serena,
álamo friolento,
eres de mis nostalgias.
¡Qué fervorosamente te recuerdo
con tus cobrizas hojas, solitario
al borde del paseo!
Entraba yo a tu sombra,
del color de mis sueños,
como quien de una abuela
va a los ingenuos cuentos;
tan suave era tu modo,
y me sentías tan tímido y pequeño...
Y cuántas, cuántas veces,
álamo friolento,
en la estrellada noche,
de la luna a los pálidos secretos
te sorprendí el oído
tembloroso poniendo.
Los mismos eran que de ti escuchara,
y yo quería saberlo.
Rama a rama, hoja a hoja, quién pudiera,
como las manos de un amigo viejo,
entre las mías otra vez tenerte,
álamo friolento.

LOS CLAROS SENTIRES

El malva oscuro de unos crisantemos,
el oro de la tarde, el gris del alba
y del espino en flor el leve rosa,
para llenar mi soledad me bastan.
Huyo las muchedumbres.
La brusquedad me daña.
Así, en la lanzadera de mi vida,
ensartando sus hilos, la callada
volición de su ovillo,
vértebra y luz de mi canción errática,
sus más claros sentires
va exprimiendo a mi alma,
sin que a nadie le importe
ni a mí importarme nada.
Mas que el éxito es bella la renuncia.
Humildad mi sandalia,
a la muerte camina
por la senda lunada.

PERDIDA ALDEA

Primero las folías
rituales, lentas;
las seguidillas luego,
ya más revueltas;
las saltonas por último,
locura cierta,
—si era capaz la sala
la isa en cadena—.
Bandurrias y guitarras
en competencia,
rasgueo tras rasgueo,
por quien la brecha
con más donaire abría
vivaz y alerta
a la espontánea copla;
y el vino mientras
a cántaros corriendo,
eso y más era,
morosa y delicada
reminiscencia
de la ya para siempre
perdida aldea,
de mi pueblo la alegre,
clásica fiesta.
Entre tanto derrumbe
de cosas muertas
que como en torbellino

me agobia y cerca,
mi vejez removiendo,
las flores frescas
de esta añoranza quiero
dejar abiertas.
Venga la muerte ahora,
la muerte venga.

AZUL Y SILENCIOSA

Tanto tiempo ha pasado y fue tan breve
tu diminuto andar sobre la tierra,
que entras a mi nostalgia sola y tímida
con el callado pie de la cautela.
Del amor, sin embargo,
primeriza y compleja
revelación, yo sé que en el regazo,
de mí a la blanca espera,
de algún lucero, tú estarás vestida
toda de luces pálidas, como esas
campanillas menudas
sobre los verdes lomos de la cerca,
con perlas del rocío
el gris del alba trasponiendo trémulas,
azul y silenciosa
raíz de mi poema.

ENTRE ROSALES

Aún yo de aquella fronda
siento la gris caricia inolvidable.
La marañuela, el saúco
y la bella climátide
colgaban sus festones sobre el éxtasis
de los quietos y oscuros arrayanes.
Como nosotros fuimos,
cogidos de la mano entre rosales,
¡cuántos no irán por el camino ahora...!
¡Oh, la felicidad incomparable
de aquellas horas anchas!
¡Oh, la fuente y tu voz corriendo suaves!
¡Qué alegría me daba ver tus ojos
del color de los sauces!

PRESAGIOS

Una atracción extraña
tenían para mí los heliotropos
del naranjo a la sombra
y entre las margaritas de ojo de oro.
Me estaba horas enteras contemplando
la caída, en moroso
silencio, de las flores menuditas
desde el morado copo,
y sus parvas alfombras
tejer al pie del poyo.
Mi vida sin sentido presentía,
como en el abandono
de algún jardín marchito y olvidado,
levanta su sollozo
sobre el desdén inmóvil del estanque,
la esquiva flor de loto.
Tus labios sin sonrisa presentía.
Presentía tus ojos.

MI TÍO, EL DEÁN

En el salón, de la pared al medio,
de mi tío el deán pende el retrato,
yaciendo en soledad de único ornato
y de mi infancia pánico y asedio.

Y era, mi escalofrío, el sin remedio
de la incipiente calva, el fluir flato
de las mejillas, y el mirar ingrato
donde en azul se acurrucaba el tedio.

No pudo, con jesuíticos primores,
remontar su sonrisa sus rencores
de misa de olla y de confesonario.

Y la delgada mano al pecho abierta
más ágil parecía estar alerta
para rodar los naipes que el rosario.

LA CALLE DE LA FAROLA

Igual que todas, esta calle de la Farola
tiene unos sonrosados paredones de aleros,
álamos por la orilla, tímidos y someros,
y la paz de sentirse perfectamente sola.

Su silencio es espera; ni siquiera tremola
alta la espada, porque liza de caballeros
quiera ser y no corte de chirles y fulleros,
que esperar es el sino de la calle española.

La casa de los Ponces estaba en una esquina.
Mirando al Risco, breve lunar gris, la hornacina
con su dragón en llamas, erguía un San Eloy.

Y en un maravilloso azulejo, la gloria
de su escudo, asumiendo cuatro siglos de historia,
como por lema, único, así pone: «...y aún soy».

CASA DEL SEÑOR CURA

El patio y su cisterna. Naranjos. Un espeso macizo de heliotropos. Bandadas de palomas van y vienen, reposan. Abajo, unas finas lomas. Arriba, unas montañas y el cielo limpio, ileso.

El señor cura viene. Orondo, blondo, obeso, las manos trae llenas de silvestres aromas y de pomos del huerto. Extrema sus maromas en su jaulita un loro: —Tú, para España preso.

Parsimoniosamente, el señor cura entra. Pone a un cesto la fruta. Todo en su sitio encuentra. Saca el breviario y lee. Sobre el silencio el roce

de unas faldas puntea. Es Teodosia, su hermana. Hablan de Luis, de Ambrosio, de la suegra de Juana y a esperar el ayanto se sientan. Son las doce.

UN C. DE LA R. A. E., MI AMIGO

Pasamos al bufete del señor don Artemio.
Un resplandor profundo de cristales en fila.
Una voluminosa historia que desfila.
Una calva severa. Sobre un estante, un premio

(¿de qué Juegos Florales?). Que fue un tanto bohemio
lo dice el desaliño de su corbata. Afila
a un tiempo que su lápiz la gloria en la pupila.
Ha escrito tres «Noticias», dos Odas y un Proemio.

Una C. de la R. A. E., está claro. Charlamos.
Y se pasan las horas. Por fin, después nos vamos
un rato al Ateneo. ¡Qué silencio expectante!

Nuestro hombre está inquieto. Se levanta, se sienta.
Que sufre es indudable. Su agitación aumenta.
Se marcha disparado: encontró el consonante.

DON DARÍO

Tenía don Darío algo torcido el cuello
y un señor de éstos era de a todo: «¡Dios, qué lata!»;
bigotito rizado, pisada zaragata
y ojos aturrullados. Siempre tomaba un sello

de antipirina y dábbase un masaje o repello
que lo ponía lindo. La dichosa corbata
—su desazón más grave, con el ata y desata—
compensaba el rizado, tan fácil, del cabello.

Solterón. Cincuenta años y socio del Casino.
Fumaba cigarrillos ingleses. Era divino
verlo tomar a sorbos su tacita de té.

Frenético ponía a mi padre este hombre.
Mirándolo, decía: —Esto no tiene nombre.
Yo, la verdad, le hallaba también un no sé qué...

UN CABALLERO PASA

Largas sombras inmóviles, y en ellas, al acecho,
del ciprés la ágil flecha, siempre de azul posesa.
Su gran paz, sorbo a sorbo, da la carupana, ilesa.
Y cuando sus jirones últimos ha deshecho,

un caballero pasa. Desde el pino y estrecho
callejón avanzando, la calzada atraviesa.
Todo de negro viste. Parece que regresa
del entierro del Conde de Orgaz, la mano al pecho.

Montañas de silencio van del pisar pausado
rellenando la huella. Su exvoto iluminado
suspende al fin la luna sonámbula y pasiva.

Y el unánime ensalmo de plata aérea y leda
en su cúpula absorbe la Catedral. Se queda
como una inmaculada lágrima pensativa.

PROCESIÓN DE MARGARITAS

A Pepe Clavijo, viejo y entrañable amigo

Acentos y perfiles acusando en el puerto
van las cosas a tuestas, todo gris todavía.
Un cirio junto al féretro de la noche vacía
parece la farola bajo el azul incierto.

Fracaso de cristales, en el silencio yerto
irrumpe una campana desde la lejanía;
y el airón de un silbato mete su algarabía,
locuaz y petulante, por el boquete abierto.

El sol, su albricia roja, por fin, abre y dilata.
La nube, en bienvenida, sus palomas de plata
dispersa por las pálidas llanuras infinitas.

En las móviles cuencas de la alta mar su diente
clava blanca la brisa, y es una intermitente
procesión temblorosa de blancas margaritas.

NO ME PREGUNTES QUÉ TENGO

Por mis padeceres vivo;
por mis añorares muero.

Este aldabón diminuto,
entresijo de mi pecho,
mucho me da que pensar.
¿Todavía cuánto tiempo
a las puertas de la muerte
sin respuesta, paz ni término
estará su leve toque
impasible percutiendo?

Por mis padeceres vivo;
por mis añorares muero.

En ataúd convertido
de una ilusión que se ha muerto,
a mi corazón mirando
sólo un cadáver contemplo.
Aunque a pedazos me veas
morirme de este tormento,
¡por Dios o lo que más quieras,
no me preguntes qué tengo!

Por mis padeceres vivo;
por mis añorares muero.

Francisco Izquierdo nació en La Laguna (Tenerife) en 1886. Su vida transcurrió entre su ciudad natal y Santa Cruz de Tenerife, con frecuentes escapadas a La Victoria de Acentejo, hasta su emigración a Cuba, en 1916. Obtuvo el primer premio de Verso Libre en los Juegos Florales del Ateneo de La Laguna (1910). En La Habana trabajó en la redacción del periódico «Diario de la Marina». Fue galardonado con el segundo premio de cuentos que convocó el citado rotativo centroamericano en 1926. Coincidiendo con la instauración en España de la II República regresó a Tenerife, donde residió hasta 1937, año en que marcha de nuevo a Cuba. Se reincorpora a su puesto de redactor del periódico de La Habana. Falleció en la capital de Cuba en junio de 1971. Francisco Izquierdo tiene publicados dos libros de poesía: *Alta Plática* (1915) y *Medallas* (1925). Hacia 1940 refundió este último poemario, al que incorporó nuevos sonetos, bajo el título *Poemas de la añoranza*, que no llegó a publicarse. Tampoco fue editado entonces *Estampas antiguas* (1969), en el que recogió algunos de sus últimos poemas de gran aliento lírico junto con versos de ocasión y poesía de tono menor. Asimismo, dejó el libro, de marcado carácter autobiográfico, *Avenida Lúnatica*.

Eliseo Izquierdo. Periodista. Licenciado en Filosofía y Letras (Filología Románica) y en Ciencias de la Información. Miembro de número de la Real Academia Canaria de Bellas Artes de San Miguel Arcángel, de la que es, asimismo, secretario perpetuo. Miembro numerario del Instituto de Estudios Canarios, del Instituto de Estudios Colombinos y de la Económica de Amigos del País de Tenerife. Fue redactor de «El Día» y redactor-jefe de «La Tarde», de Santa Cruz de Tenerife y ejerció la docencia en la Escuela de Periodismo de la Universidad de La Laguna. Autor de numerosos artículos, predominantemente de crítica de arte y sobre temas literarios. Ha publicado *Alfredo Torres Edwards* (1979), *Noticia bio-bibliográfica* en la edición-homenaje de «Guad», de Alfonso García Ramos (1984), *Noticia de Francisco Borges Salas* (1988) e *Introducción a «Pico de Águilas y otros artículos»*, de A.G.R. (1990).



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas.*
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules.*
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa).*
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas.*
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas.*
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre.*
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado.*
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética.*
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos.*
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla.*
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta.*
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores.*
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética.*
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta.*
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida.*
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía.*
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale.*
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor.*
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío.*
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988.*
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera.*
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia.*
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra.*
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana.*
45. Rafael AROZARENA: *Mararía.*

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

**Se acabó de imprimir
el día 8 de junio de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.**

Francisco Izquierdo puede ser considerado la voz transmarina por excelencia de la poesía canaria. No es la suya la voz del desterrado, del exiliado, en lo que ésta suele tener de congoja o de rebeldía por el forzado desarraigo. Su poesía, por el contrario, se nutre de la evocación y se sustenta en la nostalgia, a veces teñida de suave ironía. La aparición de MEDALLAS en La Habana y en tirada muy reducida impidió desde un principio la difusión de este excelente poemario. Esta nueva edición, enriquecida con la incorporación de una treintena de poemas inéditos, llena esta laguna y nos acerca al conocimiento de una de las expresiones líricas más valiosas de la literatura de las Islas.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem